La Virgen María

Mons. Tihamér Tóth



LA VIRGEN MARÍA

Mons. Tihámer Toth
Obispo de Veszprém(Hungría)

CENSURA ECLESIÁSTICA

Nihil Obstat
Dr. Andrés de Lucas, Canónigo.
Censor.

IMPRIMATUR
José María, *Ob. Aux. y Vicario General.*
Madrid, 27 de junio de 1951.

Este libro está directamente traducido del original húngaro por el M. I. Sr. Dr. D. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca.

DEDICATORIA

A la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en la definición dogmática de su Asunción gloriosa en cuerpo y alma al cielo.

LOS EDITORES

Madrid, 1º de noviembre de 1950

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO

¿CON QUÉ TÍTULO HONRAMOS A LA VIRGEN MARÍA?

El renombrado filósofo americano EMERSON consigna un episodio interesante de un viaje que hizo en autobús.

Un día bochornoso de verano subió cansado y sin humor a un auto de línea. Con tedio iba realizando su viaje... de media hora. Con el mismo sopor, y sin pensar en nada, estaban sentados también los demás viajeros del coche... cuando, en una de las paradas, subió una mujer joven con su hijito, de cabellos rubios y ojos azules. Apenas se hubieron sentado en un rincón del coche, cambió del todo el humor de los pasajeros. Como si todas las preguntas, sonrisas, carcajadas del inocente niño trajesen el aire del paraíso perdido a los hombres cansados por el camino fatigoso de la vida. Y la madre sostenía con tanto encanto y amor a su hijito, y le hablaba con tal cariño, que la mirada de todos se clavaba en ellos y un calor extraño derretía los corazones, sumidos antes en la indiferencia.

El autobús que los astrónomos llaman «Tierra» iba corriendo hacía ya millares de años, con millones y millones de viajeros: hombres agotados, maltrechos, sumidos en la indolencia, que ni sabían adónde iba el coche..., cuando un día, hace dos mil años, subió a él una madre joven, teniendo en los brazos a su hijito, rubio y sonriente; y apenas ocupó un asiento en un rincón del coche, allá en la cueva de Belén, el alma de los viajeros se sintió caldeada por un fuego jamás sentido, y el corazón, antes indiferente, recibió nuevas fuerzas, como por ensalmo, de una belleza y ternura desconocidas. Y desde aquel día, la Madre y el Hijo viajan siempre con nosotros e irradian un encanto indecible y una fuerza de aliento que refrigera las almas cansadas en las luchas de la vida.

No se puede hablar de Jesucristo sin extenderse también a su Madre Virgen. No es posible dar a conocer la doctrina de Cristo, el cristianismo, sin mencionar a la Virgen María. Es la Virgen Santísima quien comunica hermosura, fragancia y encanto al cristianismo. Ella es la antorcha de la gruta de Belén, la estrella más hermosa de la noche. Su murmullo es el más dulce «Gloria». Nazaret no sería el hogar de Jesús si en este hogar no encontráramos a su Madre y al Arcángel; el Gólgota no sería tan admirablemente conmovedor si Jesús no hubiese plantado junto al árbol de la cruz el lirio del valle, el primero regado por la sangre preciosísima o esa rosa que sube por el árbol y florece en sentimientos de dolor. La Virgen Santísima logra el primer milagro, recorre la primera el camino de la cruz, encierra en su corazón la fe puesta en el Hijo muerto y en su obra; es la primera que besa, con el deseo y el consuelo de la felicidad eterna, las llagas de Jesús; hace, sola ella, la vigilia de la primera resurrección. Ella sola esperó treinta y tres años antes al Verbo en la noche de la Anunciación; ella sola Le recibió en la Navidad de Belén; ella sola Le aguardó en el amanecer de la Pascua Florida. (PROHÁSZKA.)

«Nació de María Virgen» —así rezamos en el Credo. El Credo no contiene sino estas cuatro cortas palabras, a ella referentes: «Nació de María Virgen.» Breve frase; pero su contenido es tan profundo, que los nueve capítulos que vamos a escribir de la Virgen María casi no bastarán para descubrir cuanto encierra la frase.

Lo primero que haremos es examinar los fundamentos dogmáticos del culto de María.

El árbol de magnífica fecundidad, el culto de María, que se despliega y despide su fragancia con miles y miles de flores perfumadas en nuestros templos, en nuestros cánticos, en nuestras imágenes, en nuestras fiestas, en nuestros santuarios, centros de romería, ¿de qué raíces se alimenta? ¿Con qué títulos honramos a la Virgen María? Tal será el tema de este capítulo. Y nuestra respuesta será doble: I. La honramos por ser Ella la Madre de Dios, y II. Porque la Sagrada Escritura nos inculca su culto.

I

LA MADRE DE DIOS

Como un gigantesco árbol lleno de bendiciones extiende sus ramas el culto de María sobre todo el mundo católico; y la raíz última del árbol inmenso, la raíz por donde toma su savia de vida, es esta breve frase: «Creo en Jesucristo..., que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen.» Todo el entrañable culto con que las almas católicas se inclinan ante María, brota de nuestra creencia en Cristo.

Resumo en unas breves frases todo cuanto creemos de María.

La Virgen María es Madre de Jesucristo, por lo tanto es Madre de Dios; Madre, y con todo, siempre virgen, intacta; Madre de un Hijo único, Jesucristo, el cual fue concebido por obra del Espíritu Santo —no por obra de varón, como los demás hombres—: la Virgen María, precisamente por su dignidad de Madre de Dios, fue preservada por Dios aun de la culpa original, de modo que nació y vivió exenta siempre de toda clase de pecado.

He ahí en breves palabras nuestra fe tocante a María. Estudiemos ahora nuestra primera proposición: *María es Madre de Dios*.

Es interesante la manera como salió de un atolladero cierto orador de la antigüedad. Tuvo que hacer un discurso referente a Felipe de Macedonia; mas no alabó las cualidades de gobierno, ni las dotes guerreras de Felipe, sino que, con voz emocionada, dijo estas palabras: «Basta decir de ti, Felipe, que has sido el padre de Alejandro Magno.»

También nosotros podríamos tratar largamente de la Virgen María, de la hermosura de su alma, de sus virtudes, de su amor a Dios, de su prontitud al sacrificio...; pero la ensalzamos del modo más digno diciendo: «Basta decir de Ti, Virgen Santa, que fuiste la Madre de Jesús.»

* * *

A) Extraña un tanto ver lo poco que habla la Sagrada Escritura de la Virgen María. Pocas veces se la menciona en los acontecimientos. En cambio, las pocas frases que se refieren a ella son más que suficientes para probar la legitimidad del culto que le tributamos. Porque aquellas frases escasas afirman tales glorias de María, que nadie puede decirlas mayores.

Leamos con atención estas pocas líneas. Así escribe SAN MATEO: *«Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo»* (Mt 1, 16). Y SAN JUAN añade: *«Y el Verbo se hizo carne»* (Jn 1,1 4), es decir, el que recibió de María carne mortal es el Hijo eterno de Dios. De modo que María es Madre de Dios.

¡Qué palabras más sencillas y, con todo, qué llenas de consecuencias! «De qua natus est Jesús», «de la cual nació Jesús» —esto es todo. ¡Esta mujer es tan grande, tan llena de gracia, tan admirable, tan santa, que puede ser Madre de Dios! También ella es hija de Adán; pero es tan conforme al pensamiento de Dios, que quiso el Señor su cooperación en lo más sublime del mundo: la Encarnación del Verbo.

* * *

B) ¡*Madre de Dios*! ¡Dignidad excelsa, inefable! Recibir y llevar en su seno, cuidar, servir y educar al Dios aquel ante quien los ángeles puros se humillan hasta el polvo, y a cuya presencia los serafines y querubines esconden su rostro detrás de las alas; a Aquel que creó el universo, el sol, la luna, las estrellas y todas las cosas que hay en el mundo. ¡Llamar a éste su propio Hijo, cubrirle de besos, estrecharle contra el propio pecho con amor de madre! ¡Mandar a Aquel ante quien se someten y obedecen todas las fuerzas del cielo y de la tierra! Es indeciblemente grande la dignidad de Madre de Dios. «Nadie hay semejante a María —exclama con entusiasmo SAN ANSELMO—; fuera de Dios, nadie hay más grande que María.»

La sublime distinción que significa el ser «Madre de Dios» puede sólo entenderse considerando que todos los sabios, reyes, sacerdotes y ángeles del cielo no valen tanto para nosotros como lo que nos dio María al darnos a Cristo. Hijo de Dios.

Por una mujer entró el primer pecado en el mundo, de una mujer nació la culpa; pero de una mujer vino también su medicina. La Virgen Bendita era una mujer escogida, una Madre sin mancilla. Vino a esta tierra de pecado como lirio florido: sin mancha original. Vivió en esta tierra como rosa delicada: pura, sin mancha. Aun después del nacimiento de Jesús permaneció Virgen. Limpia y blanca como la nieve que acaba de caer.

¡Con qué timidez, con qué cautela dice al ángel!: «¿Cómo es posible que me nazca un hijo, habiendo consagrado mi virginidad a Dios, y no queriendo renunciar a ella?» "¡No temas, María!; porque has hallado gracia a los ojos de Dios. La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa, el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios.» Es decir, no temas por tu virginidad, porque serás madre por virtud del Dios omnipotente, no a costa de tu integridad, sino con la plenitud de tu pureza...

La lengua húngara llama con acierto al día de la Anunciación «día de injertar frutos la Mujer bendita». Porque realmente hubo allí un injerto. Se injertó el ramo glorioso, el Hijo de Dios fue injertado en la Virgen Santísima, y por ella en toda la humanidad. Se hizo el injerto para que de la raíz milenaria de la humanidad no brotasen en adelante retoños podridos, pecaminosos, no saliesen ramas de frutos venenosos, ni agrias manzanas agrestes, sino frutos sanos, hermosos, palabras y obras que agraden a Dios.

¡Qué día de primavera fue aquél! ¡Día en que brotó la Vida!

La Virgen Santísima se abandonó a la voluntad divina, y quedó tranquila. Y en el momento en que pronunció con toda su alma: «Hágase en mí según tu palabra...»; en el mismo instante, cuando con humildad santa inclinó su cabeza virginal, empezó Jesucristo su vida terrena junto al corazón de la Virgen Santísima. ¡Qué misterio infinito del inconcebible amor divino! ¡Cómo baja el Señor desde los cielos, cómo alienta en la humilde Virgen, y la estrecha y la envuelve en su amor, como un océano infinito! Flor virginal del cielo, oh Virgen María, mil parabienes del mundo entero.

C) Y María correspondió a la dignidad sin par que había recibido. Fue realmente Madre, madre amante, cuidadosa, que sacrifica su vida. Cuando el Niño Jesús no había nacido aún ya le dirige oraciones desde la profundidad de su alma humilde. Cuando la dureza de los hombres Le arrojó de Belén a un establo, el beso y el abrazo de la Virgen Santa calentaron al Niño Jesús, que tiritaba. Cuando la crueldad de Herodes los obligó a huir a Egipto, aquel pecho virginal fue refugio seguro del Niño Dios. Cuando el Salvador empezó a crecer, aquel purísimo rayo de sol Le vigilaba día y noche. Y cuando... agonizaba el Redentor en el Gólgota, y sus ojos, ya vidriosos, no veían más que rostros enemigos en torno suyo, su Madre, la Madre de Dios estaba firme, demostrando su fidelidad, al pie de la cruz, y la espada del dolor le atravesaba más que nunca el corazón.

La Virgen Madre merece realmente las alabanzas que le tributan los siglos. Mereció que se escribieran de ella los innumerables volúmenes que llenan las bibliotecas, cantando sus glorias. Mereció que la Iglesia instituyera fiestas para honrarla. Es digna de las innumerables estatuas e imágenes, a cual más bella, con que los mejores artistas presentaron sus homenajes en el correr de los siglos a la Mujer Bendita...

Así respondemos a la primera cuestión que propusimos: Honramos a la Virgen María, porque Dios la honró el primero, escogiéndola por Madre de su Hijo unigénito. Respondemos más todavía. La honramos porque nos lo manda la Sagrada Escritura.

II

EL CULTO MARIANO EN LA SAGRADA ESCRITURA

Que al ofrecer todos nuestros respetos a María no nos desviamos del camino recto nos lo demuestran también las páginas de las Sagradas Letras. De estas sagradas páginas aprendimos nosotros el culto de María.

¿De la Sagrada Escritura? Pero, ¿dónde están esas páginas?

* * *

A) *En primer lugar, ahí está la escena del Paraíso*. *«Yo pondré enemistades entre ti y la mujer* —es la palabra de sanción pronunciada por el Señor contra el espíritu malo y seductor—, *y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza, mientras tú le aceches el talón»* (Gen 3, 15). ¿Cómo no hemos de honrar a la mujer poderosa, a la Virgen Bendita, cuya fuerza vencedora en quebrantar la serpiente nos la mostró Dios como primer rayo de luz para consuelo de la humanidad caída?

* * *

B) Y la promesa del Señor se cumplió: *«Envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la virgen era. María. Y habiendo entrado el ángel donde ella estaba, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres»* (Lc 26-28).

Ante la Virgen, asombrada y temerosa, está de rodillas el Arcángel Gabriel, y sale de sus labios, y se oye por vez primera, el saludo: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo*. Brota el saludo: de labios del ángel y el viento, rápido, lo recoge con sus alas y lo lleva por los cuatro puntos del mundo para que no haya un solo rincón donde no se oiga el saludo angélico: *Dios te salve, María*.

Al principio no son más que unas pocas almas escogidas las que conocen la dignidad de María: Santa Isabel, San José, los Apóstoles, el pequeño grupo de los primeros fieles. Pero en alas del viento, el saludo va esparciéndose. Vienen pueblos, surgen las naciones, y entran en la Iglesia de Cristo, y abrazan su doctrina, y tanto en el Septentrión como en el Mediodía, en Oriente como en Occidente, de día y de noche, en el mar y en la tierra, en la guerra y en la paz, en el templo y en el hogar, en el monte y en el valle, se oye sin cesar el saludo del Arcángel Gabriel: *Dios te salve, María; llena de gracia, el Señor es contigo.*

¡Qué palabras tan sencillas y, en pocas líneas, qué sublime contenido! ¿Qué eres tú, María, en ti misma? *«Llena de gracia.»* ¿Y respecto del Señor? *«El Señor es contigo.»* ¿Y qué eres con

relación a nosotros, los demás hombres? *«Bendita eres entre todas las mujeres.»*

¿Obramos, pues, con ligereza, honrando a la Madre admirable? Se nos echa en rostro el culto de María, diciendo que también era ella hija de Adán. Mas el ángel la conoce bien, y le dice: «Bendita eres entre todas las mujeres.» Y nosotros no añadimos una palabra en las dictadas por Dios al enviar un arcángel para saludarla.

* * *

C) Poco tiempo después de esta escena, la Virgen María fue a visitar a su prima Santa Isabel. E Isabel, al oír su voz —según lo consigna la Sagrada Escritura—, *«se sintió llena del Espíritu Santo»*, y exclamó con júbilo: *«¡Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre!... ¡Bienaventurada tú, porque has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor»* (Lc 1, 42, 45). ¿No tenemos, pues, derecho a honrar a la Virgen María, si Santa Isabel, *«llena del Espíritu Santo»*, la ensalzó con tal entusiasmo?

* * *

¿Y es posible que se nos censure por levantar a María muy por encima de nosotros, o por inclinarnos demasiado ante ella, cuando SAN LUCAS, refiriéndose al Niño Jesús, de doce años, y a sus padres, escribe de esta manera: *«Enseguida se fue con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto»*? (Lc 2, 51). ¿Quién estaba sujeto? El Hijo de Dios. ¿A quién estaba sujeto? A José y María. ¿No hemos de honrar y levantar por encima de todos los seres creados a la Mujer aquella que honró Jesucristo con obediencia, ante la cual se inclinaba esperando sus órdenes?

* * *

E) No sólo tenemos derecho, sino verdadera obligación de honrar a la Virgen María. Lo demuestra con la mayor claridad el testamento de Cristo.

Viernes Santo es el día más grande de la historia universal. Cristo está clavado en la cruz, y María, cerca de El, porque donde padece Cristo, allí está con El su Madre. Ella fue quien Le introdujo en el mundo; Ella quiso estar presente también en su muerte.

No es posible leer sin emoción el Evangelio de SAN JUAN cuando refiere las palabras que pronunció el Señor en la cruz: *«Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: Ahí tienes a tu, madre. Y desde aquel momento el discípulo la tomó como madre»* (Jn 19, 26-27).

He ahí el testamento del Señor: Madre mía, sé madre protectora, patrona de los hombres, por quienes he dado yo mi sangre y mi vida; ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre. No es tu reina, no es tu emperatriz..., no es mi madre..., ¡no!, sino que es tu madre.

Pues bien; si se nos pregunta con qué títulos honramos a la Virgen María, en qué pasaje ordenó Cristo su culto, nuestra respuesta es ésta: Aquí lo mandó. Cuando dijo a San Juan, y en él a todos nosotros: *Ahí tienes u tu madre*.

Desde aquel momento es María nuestra madre celestial. Y desde aquel momento no cesa el cántico en labios de los hombres.

Ahí tenéis los fundamentos dogmáticos de nuestro culto a María.

* * *

María no ha perdido su poder de Madre de Dios, ni siquiera en los cielos, antes al contrario, allí lo ejerce con mayor eficacia. La Madre de Dios ha de tener, en cierto sentido, ascendiente sobre Dios. Influjo en el sentido de que Dios escucha complacido sus oraciones

María ora, intercede sin cesar por nosotros, porque todos nosotros somos hermanos de Cristo, y en consecuencia somos también hijos de María. Y su Hijo divino nos encomendó a todos nosotros a sus cuidados y protección. ¡Qué alegría, qué dicha saber que tenemos en el cielo una Madre de bondad, una Protectora poderosa, dispuesta siempre a tomar en sus manos nuestros asuntos y presentar nuestras súplicas a su Divino Hijo!

La Iglesia, desde sus comienzos, experimentó en realidad la protección de esta Madre bondadosa. No hubo época en su vida de dos milenarios en que no sintiese la intercesión de la Virgen Inmaculada. Y la sentimos nosotros también, que corremos a su amparo, y le pedimos a la Virgen gloriosa y bendita que reciba nuestras súplicas en los días de la tribulación. Es nuestra Señora, nuestra Abogada, nuestra Medianera. No se ha oído en todos los siglos que quien ha implorado su intercesión se haya visto rechazado.

Unamos, pues, con profundo respeto, la expresión de nuestra gratitud a las palabras del ángel: ¡Dios te salve, María! ¡Dios te salve, Hija predilecta del Padre! ¡Dios te salve, Madre de nuestro Redentor! ¡Dios te salve, templo del Espíritu Santo! ¡Dios te salve, a Ti, que eres más santa que los querubines, más sublime que los serafines! ¡Dios te salve, María, más brillante que el sol, más hermosa que la luna, más resplandeciente que las estrellas! Dios te salve, Reina de los ángeles; Dios te salve, puerta abierta del Paraíso; Dios te salve, estrella del mar.

Dios te salve, María, esperanza de los patriarcas, anhelo de los profetas, reina de los apóstoles, fortaleza de los mártires. Dios te salve, María, ejemplo ideal de las madres cristianas. Dios te salve, bondadosa abogada de todos nosotros.

Dios te salve, Madre de Dios, llena de gracia, el Señor es contigo. Contigo es el Señor, que ya existía antes de ti, que te creó, y a quien tú engendraste. Te lo pedimos, oh María: vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!

CAPITULO II

ESCRÚPULOS RESPECTO AL CULTO DE MARÍA

Un día se me presentó una señora, diciendo que quería hablar conmigo.

No soy católica —me dijo—; pero desde hace diez años vengo a la iglesia de la Universidad y escucho sus conferencias. Ahora ya no puedo aguardar más: quiero ser católica. Habrá revuelo en mi casa, mis padres querrán impedirme dar este paso, todos estarán contra mí, es posible que llegue a perder hasta el trabajo que tengo; pero no puedo diferirlo por más tiempo, tengo que hacerlo.

—Y dígame usted, ¿qué es lo que la atrajo hacia nosotros?— pregunté—. ¿Qué verdad ha cautivado más su alma del catolicismo?

—Varias cosas —contestó ella—. En primer lugar, el Santísimo Sacramento. Al que lea con atención las palabras claras de Jesucristo en la Sagrada Escritura: *«Esto es mi cuerpo»*, no le basta creer que Cristo está junto a ese pan. No es posible descansar hasta poder estar en la Iglesia, que nos da el cuerpo de Cristo. Yo quiero al Cristo que vive todo entero en el Santísimo Sacramento. Además, me atrae la confesión; porque siento que mi alma necesita poder explayarse con toda sinceridad y recibir la absolución en el nombre de Dios.

—¿Y hay algo más que la atrae? —seguí interrogándola.

—Sí: el culto de María. Veo que Jesucristo, al decir en la cruz a San Juan: *«Ahí tienes a tu madre»*, nos dio también una madre a todos nosotros, una madre que nosotros hemos de honrar y amar...

* * *

Los que por gracia especial de Dios hemos nacido ya en la religión católica, los que, por decirlo así, hemos respirado aire

católico desde nuestro primer aliento, quizá nunca nos hemos dado cuenta de la verdad expresada por esta alma que andaba en busca de Cristo; ¡cuánta hermosura, cuántos y cuán inagotables tesoros se ocultan en la Iglesia católica!

No hablo ahora del Santísimo Sacramento, ni de la confesión...; no entran en nuestro tema. Mas sí trato del culto de María, del tesoro escondido, cuyo valor no conocen todos los católicos, del tesoro que con su brillo y luz nos guía con seguridad por el camino que conduce a Cristo.

Siempre fue señal característica de la Iglesia católica el culto fervoroso de la Madre de Dios. Con alegría, orgullo santo y corazón agradecido, siempre rendimos nosotros homenaje a la Virgen Bendita: y, sin embargo, algunos interpretaron mal nuestro culto, no lo comprendieron y levantaron escrúpulos en su contra. Si en el último capítulo he mostrado los fundamentos dogmáticos en que se apoya nuestro culto mariano, en el presente quiero examinar los escrúpulos que se ponen y propalan contra el mismo. Nosotros sabemos muy bien que nuestra fe católica nada tiene que ocultar; enfrentémonos, pues, abiertamente con las objeciones y dificultades que puedan presentarse contra el culto mariano.

I

«QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO»

La primera dificultad se presenta ya en torno a las palabras del Credo: *«...fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen»*.

¡María Virgen! Virgen Bendita! Virgen y, con todo, madre! Es el título que solemos dar a María, pero ya tropezamos con la primera objeción, con la primera dificultad: ¡la virginidad intacta de la Madre de Dios!

* * *

A) No hay duda, afirmar esto —respecto al nacimiento de Jesucristo— es una cosa que puede dejar perplejas aun a gentes

de buena voluntad. Porque según nuestra fe, Cristo no nació como los demás hombres. El no tuvo padre terreno, El fue concebido por obra del Espíritu Santo; es decir, San José y la Virgen María —aunque unidos en verdadero matrimonio— no llevaban vida conyugal. No tuvieron más que un solo hijo: Jesús; y éste no fue hijo de San José, sino solamente de María.

Es un hecho excepcional. La historia de la humanidad no nos ofrece, ni puede ofrecernos, caso semejante. No aconteció según las leyes humanas... Pero la Sagrada Escritura afirma de un modo que no deja lugar a dudas, lo afirma con tanta claridad y decisión, que no es posible suprimirlo de nuestros dogmas, y quien no lo creyere no puede cristiano.

Cuando, de labios del ángel, oye María que le nacería un hijo, pregunta con zozobra: *«¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco, ni conoceré, varón alguno?»* (Lc 1, 34). Y el ángel contesta con toda claridad: *«El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con sus sombras; y por esta causa, el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios»* (Lc 1, 35). Así lo escribe SAN LUCAS evangelista. Y en SAN MATEO leemos: *«Estando desposada su Madre, María, con José, se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo»* (Mt 1, 18). Y cuando San José se turba por ello, el ángel le tranquiliza con estas palabras: *«José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo»* (Mt 1, 20).

¿Es posible hablar con más claridad? Aludimos a estos pasajes de la Sagrada Escritura cuando rezamos en el Credo *«Fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen.»* Con ello confesamos que Cristo nació de un modo muy distinto a los demás hombres. El no tuvo padre mortal en la tierra; El no se vio sujeto al modo, a la ley general del nacimiento; si bien recibió de una madre su cuerpo, no lo recibió como los demás hombres, porque su Madre, María, fue virgen e intacta antes de su nacimiento, y lo fue también después... Es verdad que no puede comprenderlo nuestra pobre razón humana; hemos de creerlo...; pero es necesario creerlo. Y el que no lo cree no puede ser cristiano.

* * *

B) En relación con este dogma, quisiera destacar también una circunstancia que corrobora esta nuestra creencia. La corrobora y hace asequible hasta tal punto que, aunque no llegamos a comprender la maternidad virginal de María —porque nunca podremos comprenderla—, nos vemos forzados a exclamar: Realmente, así tenía que venir el Hijo de Dios a nosotros.

Conocéis, claro está, lectores queridos, a padres buenos, honrados, que tienen un hijo que en nada se parece a la familia. Padres fervorosos, piadosos, honrados, que tienen hijos frívolos, pródigos, indignos. ¿Quién comprende semejante secreto? Las últimas conclusiones biológicas afirman que cuando los padres dan el ser a un nuevo hijo, este nuevo ser humano queda injertado desde su primer momento en el tronco milenario del árbol de la humanidad, y recibe como triste y misteriosa herencia las tendencias, las disposiciones, buenas o malas, de padres, abuelos y aun de lejanos ascendientes. El que nace hoy no puede ya ser el hombre primitivo, puro, ideal, tal como salió el primer hombre de las manos del Creador, sino que somos todos una mezcla incomprensible y dolorosa de los caminos, inclinaciones, deseos, deslices y pecados de nuestros antepasados próximos y remotos. Es una triste realidad.

Y pregunto ahora —haciendo abstracción de los fundamentos dogmáticos—: ¿No era necesario que nuestro Redentor, al bajar a la tierra, escogiera en su nacimiento un camino completamente distinto? Un camino que, en cierto modo, lo dejase aislado del tronco podrido, enfermo, de la humanidad. Un camino que presentase un origen distinto de los demás. Un camino por donde llegase a la tierra el «nuevo Adán», completamente puro, ideal, que sale inmediatamente de las manos de Dios, como en día lejano salió también el primer Adán inmediatamente de las manos del Creador.

Desde luego..., para admitir que Cristo nació tal como lo enseña nuestra fe católica, es a saber: sin padre, de una madre que concibió por obra del Espíritu Santo..., necesitamos una fe profunda. Pero, a la vez, parece más fácil aceptar este nacimiento insólito que atribuir al Hijo de Dios hecho hombre un nacimiento común, y hacerle llegar por el camino acostumbrado, por donde vienen al mundo los hijos de los hombres.

Y si comprendemos esta enseñanza sublime de la Iglesia, entonces podemos hablar con todo derecho de la Madre Virgen, de la Virgen Bendita, y podemos honrar en ella con profunda humildad a la Virgen Madre.

II

LOS «HERMANOS» DE CRISTO

Si es así, entonces todos tenemos que deplorar en lo más hondo del corazón los indignos ataques que al correr de los tiempos se dirigieron contra la Virgen María en este punto precisamente, y que *querían poner en tela de juicio su virginidad*.

* * *

A) He afirmado al principio del capítulo que nuestra fe católica nada tiene que ocultar, que no tenemos motivo para turbarnos por cualquier clase de acusación; quiero enfrentarme ahora con la descarada murmuración, con la terrible calumnia que los enemigos obcecados de la Virgen María quieren esparcir por todas partes e inculcarla en el alma de los hombres, maledicencia que acaso no haya llegado a muchos de mis lectores, pero que no podemos omitir, porque han de vivir preparados para rebatirla si un día llegaran a oírla.

¿A quién me refiero ahora? A los hombres obcecados, que contra María susurran con maliciosa satisfacción a nuestros oídos: «¿Por qué habláis continuamente de la Virgen María cuando, *además de Jesús*, tuvo varios hijos?

La llamáis *Virgen* sin derecho.» Hiela el alma ver con qué gozo, con qué superioridad triunfal suelen lanzar esta acusación al rostro de los fieles—¡y con citas de la Sagrada Escritura!—, y ver que los nuestros, en tales trances, quedan turbados, no saben qué contestar y se callan..., cubiertos de rubor.

* * *

B) Pero ¿habla realmente la Sagrada Escritura de los *«hermanos de Jesús»*? Sí, habla. Y para mostrar mejor cuán poco motivo tenemos de ocultar nada, he reunido los pasajes en que se habla de ellos. En cierta ocasión, el Señor se vio rodeado de gran muchedumbre, mientras enseñaba. SAN MARCOS escribe así: «Entretanto, llegan su madre y hermanos; (y quedándose fuera, enviaron a llamarle» (Mc 3, 31). De modo que ¡la madre y los hermanos de Cristo! Leemos en otro pasaje de SAN MATEO: *«Por ventura, ¿no es el hijo del artesano?* —preguntan en cierta ocasión, después de oír sus sabias enseñanzas—. *¿Su madre no es la que se llama María? ¿No son sus hermanos Santiago. José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no viven todas entre nosotros?»* (Mt 13, 55,56). De modo que otra vez ¡los hermanos y aun las hermanas de Cristo! Según SAN JUAN fue Jesús a Cafarnaum, y con El fueron *«su Madre, sus hermanos y sus discípulos»* (Jn 2, 12). También, según SAN JUAN, *«aun muchos de sus hermanos no creían en él»* (Jn 7, 5). En los *Hechos de los Apóstoles* se habla de María, madre de Jesús, y de sus hermanos (Hech 1, 14).

He ido enumerando los principales pasajes de la Sagrada Escritura en que se habla de los hermanos de Jesús.

Pero el problema es éste: ¿se han de entender, se pueden entender estos pasajes en el sentido de que se aluda en ellos a hijos de José y María, hermanos carnales de Cristo, otros hijos de la Virgen?

De ninguna manera.

El que cita la Sagrada Escritura debe conocerla. Pues bien: lea el pasaje de SAN LUCAS (24, 19) en el que las mujeres refieren a los Apóstoles la resurrección de Cristo, y confróntenlo con otro pasaje de SAN JUAN (19, 25). SAN LUCAS dice: *«María, madre de Santiago.»* SAN JUAN dice: *«Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás.»* De modo que la Virgen María tenía una parienta, que se llamaba también María, que era mujer de Cleofás, y tenía un hijo, Santiago, el menor. Pues bien: SAN MARCOS (6, 3) llama también a éste *«hermano»* de Cristo, cuando es claro que

era su primo. Y es que en el lenguaje oriental se llamaban *«hermanos»* —y se llaman todavía hoy— aun los parientes lejanos, los que pertenecen a la misma familia[1]. En los pueblos húngaros también es muy corriente que un mozalbete hable con otro, que ni siquiera es pariente suyo, y le diga: «¿Adónde vas, hermano?»

Y cuántas veces oímos de boca de los húngaros:

—¿Adónde vas, hermanito?

—¿Cómo? ¿Aquél niño de diez años es tu hermanito? ¡Pero tú tienes ya cuarenta!

—¡Ah, sí! Es mi sobrino.

Se me contestará tal vez que somos nosotros quienes colgamos este giro a la Sagrada Escritura. No. La Sagrada Escritura llama en cierta ocasión a Lot «hermano» de Abraham y en otro lugar consigna con fidelidad que Lot era el hijo del hermano de Abraham, es decir, sobrino suyo. También leemos de Jacob que era «hermano» de Labán, y, sin embargo, sabemos que era hijo de su hermano. El *Cantar de los Cantares* (4, 9) llama a la misma esposa o novia *«hermana»*.

Pero —proseguimos todavía con las objeciones— la Sagrada Escritura llama a Cristo, en diferentes pasajes, primogénito de María (Mt 1, 25; Lc 2, 7). De modo que, en resumidas cuentas, María tuvo varios hijos.

---

[1] Copio unas líneas de la carta de un estudiante de Medicina: «Como buen católico y corno médico conozco bien la Sagrada Escritura. En Tierra Santa visité los santos lugares con la Biblia en la mano. Conozco la mentalidad oriental. Quiero ofrecer una excelente prueba respecto de la palabra «hermano». En la lengua árabe-turca esta palabra *«Kardhasim»* significa «mi hermano». Pues bien: el turco inteligente, y aun el turco sencillo que conociera el parentesco de su pueblo con los húngaros, nos saludaban a nosotros húngaros —si sabían que lo éramos y, por ende, que éramos sus «parientes»— en forma muy amistosa, diciéndonos *«kardhasim, kardhasim»* y apretándonos la mano. Allá en Tierra Santa y en la Arabia «hermano mío» (*kardhasim*) significa pariente o persona muy querida. Probablemente también los húngaros sacamos de allí —del Turán— la expresión: «Cómo estás, adónde vas, hermano?»

De ninguna manera. Porque quien conozca el lenguaje de la Sagrada Escritura sabe que suele llamar primogénito al primer hijo, aunque no hayan venido después otros; más todavía: SAN PABLO llama a Jesucristo Primogénito del Padre (Hebr 1, 6).

Además, si Jesucristo hubiera tenido hermanos carnales, hijos de María, ¿quién podría comprender entonces la escena delicada en que *el Crucificado deja confiada su Madre a los cuidados de San Juan*?

Si María tenía otros hijos, ¿por qué dejarla en manos de un extraño?

No. La Virgen María no tuvo más que un hijo, un hijo único: nuestro Señor Jesucristo. Y por este Hijo único honramos a María.

Todos los homenajes, todo el gozo purísimo, todo el culto con que los pueblos católicos honran hace miles de años a María brotan de este hecho: Ella nos dio a Cristo.

Y nosotros no tememos lo que farisaicamente parece temen algunos, es a saber: no tememos que el culto de María desvíe nuestras almas de Jesucristo y sea una muralla, un obstáculo entre nosotros y Dios. No sólo no es obstáculo, sino que, por el contrario, es nuestro acicate: «Per Mariam ad Jesum» es lo que confesamos siempre: «A Jesús por María.»

III

CRISTO Y MARÍA

Examinemos con más detenimiento esta otra objeción, que suele proponerse con frecuencia: El culto de María ¿es un obstáculo en el camino que nos conduce a Cristo?

* * *

A) Sería realmente obstáculo si fuera verdad la calumnia tan cacareada, la falsedad que nunca podemos refutar bastante: *que nosotros adoramos a la Virgen María*. Algunas veces se agota y fracasa toda nuestra fuerza de convicción frente a tal modo de pensar erróneo y obstinado; en vano aducirnos pruebas; el final

siempre resulta el mismo: vosotros adoráis a María. Sin embargo, con cuánta claridad nos enseña el Catecismo que nosotros sólo honramos, y no adoramos, a María.

“¡Pero le rezáis tantas oraciones! —se nos objeta—. ¡Cuántos santuarios, cuántas letanías, cuántas imágenes...!»

Pero basta leer el texto de las oraciones y letanías, ir a los lugares de peregrinación, para ver que en ninguna parte adoramos a María, que no hacemos más que dirigirle nuestras súplicas.

Ahí está el texto tan querido, el «Ave María». Cualquiera puede oírlo: «Santa María, Madre de Dios, *ruega por nosotros*...» De modo que no te adoramos, sino que te rogamos para que ruegues tú por nosotros.

Después: «Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.» De modo que: *¡ruega por nosotros!*

Y en la letanía siempre decimos: Ruega por nosotros, ruega por nosotros. Fijémonos en la marcada diferencia que hace la Iglesia católica entre la adoración de Dios y el culto de María, ¿Cómo principia la letanía lauretana? «Dios Padre celestial —ten piedad de nosotros.» Sí, esto es adoración. «Dios Hijo Redentor —ten piedad de nosotros.» Sí, también esto es adoración. Dios Espíritu Santo —ten piedad de nosotros.» Esta es una voz que adora. Pero sigue después: «Santa María...» Y ¿qué decimos? «¿Ten piedad de nosotros?» No, sino: «Ruega por nosotros.» Así hasta el final: «Ruega por nosotros.»

Al final de la letanía nos dirigimos nuevamente a Dios, y el «ruega por nosotros» cambia de nuevo: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo —ten piedad de nosotros.» He ahí con cuánta claridad distingue la Iglesia entre la adoración de Dios y el culto de María.

* * *

B) Dicho esto, está de más proponer la otra cuestión, es a saber, si es prudente nuestro culto mariano, *si sirve o no de obstáculo, si cierra o no el camino al culto de Jesucristo*.

No es posible dar a esta objeción una respuesta mejor que las palabras del Arcángel al saludar a María. «¿Cómo os atrevéis a rezar el Ave María?», se nos dice. Contestamos: Si envía Dios a un ángel para que salude a una persona, entonces no se nos puede censurar si también nosotros la saludamos con las mismas palabras. Y si en la Sagrada Escritura, escrita por inspiración del Espíritu Santo, hay una profecía, según la cual a María la *«llamarán bienaventurada todas las generaciones»* (Lc 1, 48), entonces obran muy bien los que trabajan por la realización de esta profecía y llaman bienaventurada a la Virgen María.

¿Es posible que el culto de María entorpezca el culto de Dios y lo ponga en segundo término? ¿Hay en el mundo una obra maestra cuya magnífica hermosura haga menguar la admiración que sentimos por el artista? El maestro es siempre más grande que su obra, y nosotros sabemos que lo que hay de hermosura, encanto y virtud en María se debe a su maestro, al Dios infinito.

Jesús y su santa Madre vivieron unidos con parentesco de sangre y parentesco de alma. ¿Y ahora es lícito que la religión de Cristo afloje y rompa estas relaciones íntimas?

«Nosotros buscamos únicamente a Cristo» —dicen los otros. También nosotros Le buscamos a El. Pero ¿es culpa nuestra si, al buscar a Cristo, encontramos siempre a su lado también a María? Ella está junto al pesebre, delante de los Magos del Oriente, en la huida a Egipto, en la casita de Nazaret, al pie de la Cruz, en la sepultura de Jesús. Jesús y María se pertenecen: el que halla a Cristo halla también a María, y los que cesan de honrar a María dejan también —como lo demuestra el testimonio de la historia— de inclinar sus rodillas ante Cristo.

Según la enseñanza de la historia, las madres de los hombres eximios siempre fueron recordadas con respeto... ¿Deberemos explicar aún más con qué títulos honramos nosotros a la Madre del Hombre-Dios, a María? ¿Quién no ha oído hablar de la madre de los Gracos? ¿Y de Santa Mónica, la heroica madre de San Agustín? ¿Y de Santa Elena, la madre del emperador Constantino el Grande? ¿Y hemos de aducir todavía otros ejemplos?... Podemos pronunciar con respeto el nombre de ellas..., y, ¿preci-

samente vamos a negar este honor solamente a la Madre de Jesús?

¿El culto de María se opone al culto de Jesucristo? ¡Ah! Pero ¿dónde hay un hijo que no quiera que se honre a su madre? ¿Dónde hay un hijo que considera una ofensa el que se respete a su madre? Todo lo contrario: *yo no entraría gustoso en una casa donde no dejasen entrar a mi madre*.

* * *

Entre las ceremonias de la coronación hay en Hungría una interesantísima y de profundo significado. Cuando el Príncipe Primado corona al rey, en la antiquísima iglesia de Matías, y coloca en sus sienes la diadema de San Esteban, roza un momento con la santa corona también el hombro de la reina. Y nadie se sorprende por ello, a nadie le parece que con ello se mengüe la autoridad del rey, sino al contrario. ¡Cuán grande ha de ser —pensamos— la autoridad real, que puede iluminar con sus fulgores a quienes, sin serlo, están solamente cerca del rey! ¿No es natural que María tenga su puesto junto a Jesús? María no es Dios, no es Cristo, pero está cerca de El, puesto que es su Madre, y esta cercanía inspira nuestros homenajes.

Y si alguno afirma, aun después de cuanto llevamos expuesto, que el culto mariano nos distrae de la adoración de Cristo, yo le suplico que se detenga una vez siquiera con espíritu observador, en Florencia, ante una de las más hermosas imágenes de María, ante el cuadro sin par de Rafael, *la Madonna della Sedia*. Que examine el rostro transfigurado de la Virgen, al bajar la mirada. Se ve que no mira el exterior del Niño, sino que se abisma de lleno en la contemplación de su rostro divino. El rostro de María, en este cuadro, es una de las bellezas más sublimes que haya producido jamás el arte humano. Y con todo..., mientras miramos a María, de repente notamos que su mirada, embebida con una visión admirable, conduce imperceptiblemente nuestras almas al objeto de la visión, al misterioso Niño divino.

Por tanto, a la cuestión propuesta de si el culto de María sirve de obstáculo al culto de Cristo, la respuesta no puede ser sino ésta: todo lo contrario. Cuantas veces honramos a María honramos a

Cristo; ya que nos inclinamos ante María porque Cristo, el Hijo de Dios, fue también Hijo suyo. Nosotros amamos y honramos a la Virgen María, le presentamos nuestros homenajes y alabanzas. Pero ¿quién ignora que la piedra fundamental, el centro y el fin último, el alfa y omega de toda nuestra religiosidad es su santo Hijo, Cristo Jesús?

El que mire a María siente que su vista reposa en Cristo: el que se dirige a María sube hasta Cristo. No adoramos a María, no adoramos más que a Dios: a ella le suplicamos, sí, y seguiremos suplicándole también en adelante, con amor cálido y filial, que ruegue por nosotros. *«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.»*



CAPÍTULO II

MARÍA Y NUESTRA FE

Cerca de Nazaret, la humilde aldea en que tantos años pasaron Jesús y la Virgen María, hay una fuente; los habitantes del pueblo la llaman «Ain Marjam»: «Fuente de María»; y la tradición popular afirma que María sacaba el agua en aquella fuente. Aún hoy día es la mejor fuente de toda la región; a ella van por agua todos los habitantes de los alrededores. Llevan sobre la cabeza el cántaro de barro. Así llevan a casa el agua.

«¡Ain Marjam!» «¡La fuente de María!» Es una expresión muy propia para nuestro propósito. Las mujeres de Nazaret encuentran el refrigerio corporal en el agua que sacan de la fuente de María y adquieren con ella fuerzas para sus faenas diarias; nosotros, los cristianos que vivimos distribuidos por toda la redondez de la tierra, obtenemos el refrigerio espiritual que necesitamos —entusiasmo, magnanimidad, pureza, consuelo— de la fuente abundante del culto mariano.

Las mujeres de Nazaret llevan hábilmente sobre su cabeza el hermoso jarro de arcilla, lo llevan sin dejarlo caer, y llegan a casa con su preciado tesoro, el agua fresca; nosotros también llevamos un vaso de barro, nuestro cuerpo, y en él guardamos un precioso tesoro, nuestro espíritu inmortal; hemos de llevarlo por los caminos de la vida de modo que no sufra detrimento, que podamos conservarlo puro, incólume, sin fracturas ni rasguños, hasta llegar a la patria celestial.

Cómo nos ayuda en ello la verdadera *«Ain Marjam»*, el culto mariano, será el tema de los siguientes capítulos. *Cómo el culto de la Virgen María fortalece nuestra fe*, será el objeto del presente. En los que sigan estudiaremos este otro punto: *Cómo nos ayuda y fortalece a nosotros en las luchas de la vida moral*.

María y nuestra fe —es el tema de este capítulo. ¿Qué recibe nuestra fe del culto mariano? —es la cuestión que propongo. Y

contesto con estas cuatro palabras: Recibe I. *fuerza*, II. *vida*, III. *unidad*, IV. *belleza*.

I

CULTO MARIANO ROBUSTECE NUESTRA FE

Es característico de la Sagrada Escritura no hablar con ampulosidad. Narra cosas grandes con brevedad y sencillez, aún más, regularmente cuando más concisa se muestra es precisamente al pregonar las mayores verdades. De las relaciones que tiene la Virgen María con nuestra fe, de cuanto podamos aprender de ella en punto a creencias, la Sagrada Escritura no habla más que con dos frases breves.

Encontramos dos notas sencillas, al parecer insignificantes, pero, en realidad, extraordinariamente profundas, tocantes a la Virgen, en el segundo capítulo del Evangelio según SAN LUCAS. El evangelista describe cómo los pastores, al volver del establo de Belén, cuentan por doquier los acontecimientos de Navidad. «*Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado. María, sin embargo, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón*» (Lc 2, 18-19). Y al final del mismo capítulo, donde leemos que Jesús, a los doce años, volvió del templo, anota el evangelista: «*En seguida se fue con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón*» (Lc 2, 51).

De modo que hace constar el evangelista dos veces que la Virgen no sólo cuidaba corporalmente al Niño Jesús, sino que también quiso educar su propia alma para que sirviese más dignamente al Verbo divino hecho carne. Recogía con esmero cada palabra, cada suceso, cada impresión y solícitamente los conservaba. Iba rumiando todos los acontecimientos maravillosos, la anunciación del ángel, la noche de Navidad, las palabras de los pastores y de los magos, la profecía de Simeón y Ana, los primeros balbuceos del Niño Jesús, todas sus miradas, todos los trabajos de su mano... Los rumiaba, los meditaba y los conservaba con sumo cuidado en el tesoro de su alma.

Ahí tenemos, pues, la primera enseñanza: *el esmero y sacrificio con que María conservaba su fe firme*.

Porque no hemos de imaginarnos que la fe no le pidiese también a ella —como a todos nosotros— sacrificio, fatiga, esfuerzo. No digamos que a María le resultaba fácil creer, ya que vivía junto a Jesús. ¡También ella tuvo días nublados, como los tenemos nosotros! Y si de vez en cuando nos detenemos con incertidumbre ante uno que otro acontecimiento de nuestra vida o ante uno u otro de los dogmas de nuestra fe, acordémonos de que el evangelista consigna lo mismo tocante a María y a José: *«Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta»* (Lc 2, 50).

He ahí cómo María también tenía que cultivar su fe. Sus ojos, a pesar de su pureza, no eran capaces de atravesar todos los velos que cubren los santos misterios de nuestra fe. Pero María aceptaba con fervor lo que sabía de los misterios de su Hijo divino, y con la misma humildad de corazón aceptaba también aquello que no entendía. Mientras iba observando con espíritu contemplativo todas las palabras, todos los actos y manifestaciones de su Divino Hijo, nos enseñaba el camino más seguro para conservar y robustecer nuestra fe.

* * *

El culto de María robustece nuestra fe, porque sólo adorando a su divino Hijo se puede honrar a María; por tanto, es natural que los fieles devotos de María tampoco pierdan su fe en su divino Hijo.

Hay quienes no saben perdonarnos el que después del Padrenuestro recemos con tanta devoción el Avemaría. Pues yo pregunto a estos tales: ¿Creéis, acaso, que nosotros rezamos menos Padrenuestros por añadir el Ave?

Hay quienes se escandalizan cuando ven en nuestras iglesias tantos cirios junto a las imágenes marianas. Pues yo les pregunto: ¿Dejamos, acaso, sumidas en la oscuridad las imágenes de Cristo? No, no puedo creer que si Jesucristo apareciera hoy en forma corporal entre nosotros —aquel Cristo que durante los treinta años de su vida oculta honró a su Madre, la Santísima Virgen, con

piedad y obediencia, como nunca honró un hijo a su madre— nos reprendería diciendo: «Dejad al punto el rezo del Avemaría, y apagad en seguida los cirios que arden ante las imágenes de mi Madre.»

No. Cristo no diría esto. Sino que, señalando a María, nos diría con toda seguridad: «Ahí tenéis a vuestra Madre.» Y quien está cerca de la Madre no puede estar lejos del Hijo.

¿A quién se le oculta en qué grado necesita el hombre moderno los desvelos de la Virgen para conservar la fe?

Hoy día, cuando con tanta facilidad se apega el hombre a este mundo perecedero, podemos alegrarnos de podernos dirigir a María diciéndole con el DANTE, el poeta insuperable del cristianismo: «Reina, que puedes hacer todo cuanto quieras, conserva vivo en mí el deseo de la eternidad y haz que tu protección venza en mí la atracción de lo perecedero.»

II

EL CULTO DE MARÍA VIVIFICA NUESTRA FE

María conservaba la fe dentro de su corazón, y esta fe iba moldeando su alma. Esta fe viva de María es la segunda lección importante para nosotros. El reino de Dios —dijo en cierta ocasión el Señor— *«es semejante a la levadura, que tomó una mujer y la revolvió en tres medidas de harina, hasta que hubo fermentado toda la masa»* (Lc 13, 21). Con ello nos enseña que nuestra fe ha de ser la levadura que fermente toda nuestra vida. El Evangelio dice que la Virgen María no solamente tomaba nota de los acontecimientos de la vida de Jesús y de las palabras del Señor, sino que además iba *«ponderándolas en su corazón»* (Lc 2, 19), es decir, al orar y trabajar, al descansar y estando atareada, pensaba en ellos continuamente, y conforme los mismos moldeaba su vida. Así como fue María quien dio cuerpo al Hijo de Dios bajado a la tierra, en la vida de María fue donde tomaron cuerpo con la mayor perfección posible las enseñanzas de su Hijo divino.

a) Nunca hubo ni habrá un hombre que en su alegría y en su dolor, en sus anhelos y planes, en sus virtudes y sacrificios haya sabido reflejar con tal fidelidad el espíritu del cristianismo como la Virgen María.

El mismo Jesús dio testimonio de ello.

En cierta ocasión, una mujer que le seguía entre la multitud, viendo las obras maravillosas del Señor, y oyendo sus palabras divinas, exclamó con entusiasmo: *«¡Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron!»* (Lc 11, 27). Y el Señor le contestó: *«¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica!»* (Lc 11, 28). Jesús no contradice a la mujer, todo lo contrario, amplía el sentido de sus palabras. No dice que no hay motivo de alabar a su Madre, sino que realmente tal motivo es doble. Primero, porque por su maternidad está unida con El con lazos de sangre; segundo, y el más poderoso, porque por su fe tiene con El un parentesco espiritual, porque conservaba en el corazón Sus palabras (Lc 2, 19, 51) mejor que cualquiera de sus discípulos.

En el primer punto no podemos imitar a María. Pero sí en el segundo. Sabemos muy bien cómo el camino más seguro para el que quiere seguir a María, ser digno de ella y parecérsele, es la fe ardiente, abnegada, viva, en Jesucristo. Fe que no es mera palabra ni mero sentimiento, sino también, y principalmente, vida y fuerza divina que transforma nuestra vida propia.

Fijémonos en lo que María dice a los criados en las bodas de Caná. Atended al Señor y «haced lo que El os diga» (Jn 2, 5). Así, pues, si honramos a María, no nos detenemos en ella, sino que por ella vamos a Cristo.

b) Otro argumento, otro testimonio elocuente de que todas las manifestaciones de nuestro culto mariano vivifican realmente nuestra fe y en último grado se dirigen al culto de Dios y están saturadas del homenaje que debemos al Señor, es cada línea del sublime cántico que, bajo el nombre de *«Magnificat»*, resuena cada día en miles y miles de iglesias, cántico que el alma de la Virgen María, embriagada por el amor divino, entonó por vez primera en casa de su prima Isabel.

Isabel, al ver a María que la visitaba, exclamó con sorpresa: *«Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?... ¡Bienaventurada tú porque has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor»* (Lc 2, 5).

Y entonces brotó del alma de María el cántico de eterna hermosura, el *Magnificat*, que desvía de sí toda alabanza, todo homenaje, y los ofrece a Dios. *«Magnificat anima mea Dominum»* —resuena el cántico en labios de María. *«Mi alma engrandece al Señor: y mi se alegra mi espíritu de gozo en Dios mi salvador: porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava...»*, lo que haya en mí de bueno, de virtud hermosa, todo es limosna recibida de manos de Dios. *«Cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miradas del corazón de los soberbios. Derribó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos despidió vacíos.»* ¿Es posible alabar más bellamente la omnipotencia divina que vela sobre el mundo? ¿Es posible fortalecer más nuestra fe puesta en Dios?

En cierta ocasión, un hombre gravemente enfermo se desplomó en la calle. Lo llevaron a un hospital y llamaron a un sacerdote para que lo confesara. Pero el pobre hombre hacía ya tiempo que había perdido la fe de su juventud, y por mucho que el sacerdote insistió en hablar con él, rechazaba con dureza la palabra del ministro de Dios. Mas cuando éste, agotados ya todos los recursos, empezó a hablar de la madre del enfermo, se ablandó entonces el corazón empedernido y resurgió la fe sepultada de la niñez.

¡Cuántos hombres hoy día han perdido la fe por completo! Hablémosles de la Madre celestial, para que por medio de ella vuelvan a la fe. Gritemos nuevamente a Cristo: *«¡Bienaventurado el vientre que te llevó!»* Y escuchemos la respuesta que brota de sus divinos labios: *«¡Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en práctica!»* (Lc 11, 28).

III

EL CULTO MARIANO COMUNICA UNIDAD A NUESTRA FE

El culto mariano tiene además otra fuerza maravillosa, otra bendición: guarda la incolumidad, la pureza, la unidad de nuestra fe en Cristo.

a) Hay quienes, desconociendo la historia, afirman lo contrario. «El culto mariano no es una práctica que nos venga del primitivo cristianismo. Hasta el año 431, en el Concilio de Efeso, no fue declarada «Madre de Dios», y no hace mucho, en el año 1854, fue definido el dogma de su Concepción Inmaculada...»

¿Qué hay de verdad en estas afirmaciones? La verdad es que la Iglesia realmente definió en el 431 la maternidad divina de María y en 1854 su Concepción Inmaculada..., *pero desde sus comienzos creía en ellas*. La Iglesia define dogmáticamente una verdad solamente si tal verdad de fe se ve atacada o está puesta en tela de juicio.

¿Qué nos dice la fe sobre la Concepción Inmaculada? Que la Virgen María siempre estuvo exenta del pecado original. Pero Murillo, unos doscientos años antes de la definición dogmática, ya pintó treinta cuadros magníficos de la Inmaculada. Y el Concilio Tridentino pregonó más de trescientos años antes de la definición dogmática la creencia de la Iglesia. Y San Efrén la pregonó casi mil quinientos años antes.

Pues entonces ¿qué sucedió en 1854? Lo mismo que sucedió no mucho tiempo después con la famosa joya de la Corona inglesa, el diamante Koh-i-noor. Este diamante admirable, enorme, ya era conocido en la India allá por los siglos que precedieron a Cristo, pero sólo brilla con toda su belleza desde el siglo en que la reina Victoria lo hizo tallar de nuevo. Pues si se me permite la frase, la definición dogmática del año 1854 no produjo el diamante de dos milenarios de la Concepción Inmaculada, no hizo más... que tallarlo de nuevo.

b) El culto mariano no sólo es compatible con nuestra fe, sino que guarda y corrobora su pureza y unidad. Bastan unas breves palabras para explicarlo.

¿Quién puede honrar a María? Solamente los que creen en su santo Hijo. La columna fundamental de nuestra fe es la divinidad de Jesucristo. De este hecho capital: «Cristo es el Dios que ha bajado a nosotros», fluye todo el sistema de la fe y la moral de la religión cristiana. Los que honran a María, hablan así: Honro a María porque fue su Hijo nuestro Señor Jesucristo, el Unigénito del Padre, el que bajó a la tierra para rescatamos y liberarnos de la condenación por medio de su Pasión, el que murió por nosotros, resucitó y subió a los cielos...; en una palabra: al honrar a María confesamos toda nuestra fe cristiana.

De modo que culto mariano es el engarce de oro que guarda, como bello diamante, la divinidad de Jesucristo. Y si al diamante no le daña un hermoso engarce, antes bien, el engarce realza todavía más el precio de la piedra, de un modo análogo el culto mariano no sólo es compatible con la adoración de Cristo, sino que además la coloca en un engarce más cálido y más consciente. Para nosotros, si el culto mariano no es la cuestión principal, tampoco es una accesoria, sin la cual pueda sostenerse nuestra fe católica. Para nosotros, *lo principal es la divinidad de Cristo, pero de ella se deriva necesariamente el culto de la Madre de Dios*. Si adoro a Cristo, he de honrar también a su Madre, y sin honro a la Madre de Dios, sé adorar con más fervor a su divino Hijo.

e) Por otra parte, *la misma historia ofrece gran abundancia de datos* para poner de manifiesto que los que niegan la divinidad de Cristo no salieron de las filas en que se honra a María, sino todo lo contrario, de aquellos sectores que al principio sólo suprimían el culto de la Virgen Madre, y sintiéndose después irremisiblemente arrastrados, llegaron a negar la divinidad de Cristo.

La historia dos veces milenaria de la Iglesia demuestra que cuando el árbol de la fe se desarrolla en un suelo saludable, siempre tuvo abundantemente las flores y los frutos a cual más bellos del culto mariano; en cambio, cuando el culto mariano se

debilitaba o se secaba por completo, podía deducirse que la misma fe había declinado.

Hay cristianos que no honran a María, porque —según dicen— el culto mariano los distrae de Cristo, y ellos sólo quieren honrarle a El. Y, no obstante, ¿qué es lo que vemos? El hecho peculiar de que donde se deje de honrar a María, decrece también el culto de Cristo, aún más, se cuartean los fundamentos de toda la fe cristiana. Nosotros honramos a María y adoramos a su santo Hijo. Y donde se deja de honrar a María para dar —según se dice— más vida y lugar al culto de Cristo, allá se discute sobre estos puntos: ¿Cristo fue verdadero Dios o solamente hombre? ¿Vale la pena esgrimir armas en defensa del Credo íntegro?

Después de tales consideraciones adquiere un interés especial el hecho histórico de que la falsa reforma del siglo XVI no pudo apoderarse precisamente de los países en que el culto de la Virgen María, el culto mariano, tenía un vigor especial y florecía con abundancia.

d) Y, si ponderamos el hecho, *veremos en el culto mariano un medio eficaz para conservar la unidad de la fe*.

El centro de la familia es la madre. Mientras ella vive, aun los hijos mayores, que ya fundaron hace tiempo su familia, tienen cohesión y sienten al unísono. Pero al morir ella, se destroza la familia.

La Virgen María también vino a ser fuerza de cohesión en la primera comunidad cristiana, después de la resurrección de Cristo. Los HECHOS DE LOS APÓSTOLES (1, 14) lo consignan: *«Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las mujeres y con María, la madre de Jesús»*.

Pero el culto mariano fue también más tarde la garantía bendita de la unidad de nuestra fe. Sabemos que Jesucristo tenía una túnica sin costura y de un solo tejido de arriba abajo (Jn 19, 23), la cual, según la costumbre de aquellos tiempos, probablemente fue tejida por la misma Virgen. Pues bien: así teje también el culto mariano hace ya casi dos milenios la túnica de nuestra fe en Cristo..., una fe en que no hay costura, ni mancha, ni remiendos,

una fe que no tiene rasgadura, una fe que aun hoy se conserva tal como la recibimos de Cristo.

Hemos de reconocer, por tanto, que aquel cristianismo que no sabe o no quiere honrar debidamente a la Virgen María es un cristianismo mutilado. Porque ¿qué otra cosa es el cristianismo, sino Cristo y su obra? Y si Cristo es el Verbo eterno del Padre celestial, tampoco se ha de olvidar que vivió en la tierra siendo realmente Hijo de María.

De modo que nuestra santa Madre la Iglesia sabía muy bien por qué luchaba tanto en defensa de la dignidad de María; por qué luchaba, por ejemplo, con tanta insistencia en el Concilio de Éfeso por defender la maternidad divina. Allí no se trataba propia y directamente de un título de María, sino de la divinidad de Cristo. Nosotros bien sabemos que la Virgen María fue madre de Dios, pero nunca dejó de ser también «La esclava del Señor», «en cuya bajeza Dios puso sus ojos, para que desde entonces la llamaran bienaventurada todas las generaciones».

IV

EL CULTO MARIANO EMBELLECE NUESTRA FE

Menciono todavía, aunque con brevedad, la cuarta bendición del culto mariano: El culto mariano comunica encanto, calor, poesía, suavidad y admirable interioridad a nuestra fe.

Quiero hacer constar que en nuestro sentir no son éstos los rasgos que dan más valor a nuestra fe. Nosotros aceptamos y seguimos nuestra fe, no porque sea bella y amable, sino porque es justa y verdadera. Del sistema inconmovible de argumentos bien distintos sacamos nosotros la consecuencia de que nuestra religión católica es la religión verdadera: nuestra fe es *«culto racional»* (Carta a los Romanos 12, 1).

Pero, a pesar de esto, aunque confesemos que el primero y principal fundamento de nuestras creencias es la verdad, tampoco echamos en olvido que los hombres tienen no solamente una cabeza que busca la verdad, sino también un corazón que ama lo bello, y por tal motivo llamamos con justo título en ayuda de nuestros

argumentos racionales a los rasgos íntimos, afectuosos, entrañables, hermosos de nuestro culto. ¿Quién no ha sentido aquel calor suave que llena el alma, aquel calor que irradian hacia nosotros la lámpara que arde silenciosa delante del Sagrario, la llama de los cirios del altar, los acordes del órgano, la voz de las campanas llamando a los fieles?

Y el que sean tan acogedoras nuestras iglesias y tan atractivas, el que nuestras ceremonias sean tan instructivas y conmovedoras, el que aun los no católicos se sientan muchas veces tan a su gusto entre nosotros, es debido en gran parte al culto de María.

Contemplad en cualquier iglesia una imagen de la Virgen, con el Niño Jesús en sus brazos... ¿Es posible presentar al Redentor del mundo de un modo más comprensivo y más amable tanto a un niño que aún no sabe nada como a un hombre curtido en los estudios? Contemplad la imagen de la Madre Dolorosa, teniendo en su regazo el cadáver de su Hijo... ¿Es posible presentar de un modo más conmovedor el drama de la Redención?

Mirad aquella jovencita lugareña, que murmurando silenciosamente un Avemaría, deposita su ramillete de flores silvestres ante la imagen de María levantada en la orilla del camino... ¿Es posible hallar algo más poético y embelesador? Y si oyésemos la inmensa gama de matices del Avemaría, tal como sube hacia el cielo a todas horas, en todos los minutos de cada hora, si viéramos la confianza que asalta los cielos, el temor tembloroso, la súplica que junta las manos, al escaparse de labios de marineros que luchan con la tempestad o de hijos que rezan junto al lecho de dolor de su madre, o de soldados que se preparan para el ataque, o de romeros piadosos y de hombres que bregan con la tentación..., entonces sentiríamos de veras la belleza, el encanto y el fervor que a nuestra vida religiosa comunica el culto de María.

Comprendemos muy bien que cuando el DANTE, en la tercera parte de la Divina Comedia, «El Paraíso», canto XXXIII, empieza su cántico más hermoso, lo haga volviéndose hacia la Virgen bendita con estas palabras para siempre bellas:

«Virgen Madre, Hija de tu Hijo, la más humilde, a la vez que la más alta de todas las criaturas, término fijo de la voluntad eterna, tú

eres la que has ennoblecido de tal suerte la humana naturaleza, que su Hacedor no tuvo a menos convertirse en su propia obra. En tu seno se inflamó el amor cuyo calor ha hecho germinar esta flor en la paz eterna. Eres aquí para nosotros meridiano Sol de caridad, y abajo para los mortales vivo manantial de esperanza. Eres tan grande, Señora, y tanto vales, que todo el que desea conseguir alguna gracia y no recurre a ti, quiere que su deseo vuele sin alas. Tu benignidad no sólo socorre al que te implora, sino que muchas veces se anticipa espontáneamente a la súplica. En ti se reúnen la misericordia, la piedad, la magnificencia y todo cuanto de bueno hay en las criaturas.»

* * *

En el año 428 d. C., el Obispo de Constantinopla era NETORIO: Después de predecesores eximios y santos, después de un San Gregorio Nacianceno y un San Juan Crisóstomo, cogió él en sus manos la dirección de los fieles.

Pero al fin se quitó la careta de su alma hereje, antes encubierta, y con gran escándalo de los fieles congregados en la iglesia empezó a predicar cosas como éstas: «En adelante no digamos ya que María es la Madre de Dios, para que no parezca que queremos hacer una diosa de esa virgen, y no seamos semejantes a los paganos, que dieron madres a sus dioses» (*Nestor. Serm. V. ap. Mercat*., pág. 30).

Estas palabras produjeron una gran conmoción. El pueblo prorrumpió en estrepitosa protesta, abandonó el templo, juntamente con los sacerdotes, y la turba siguió murmurando escandalizada en un vaivén tumultuoso por las calles. Pronto se difundió la noticia de la ofensa inferida a María, y se estremeció todo el mundo cristiano. Los Obispos de África, Asia, Europa, levantaron su voz de protesta: el Papa Celestino convocó en concilio a los Obispos de Italia, y en este concilio quedó excomulgado Nestorio. Después se convocó un concilio ecuménico en Éfeso, y en la célebre basílica de esta ciudad, que a la sazón ya estaba consagrada a la Virgen Santísima, se congregaron, bajo la presidencia del Legado pontificio, los Obispos de todas las partes del mundo, para fallar

sobre el Obispo de Constantinopla, que osó tocar la dignidad de María.

La sesión se alargó hasta muy entrada la noche, y todo el pueblo esperaba el resultado ante la puerta de la basílica. Cuando se supo que María había triunfado, todo el gentío prorrumpió en un solo grito de júbilo y acompañó con antorchas, en procesión de triunfo, a los Obispos hasta sus casas.

Nestorio hace tiempo que ha muerto, pero existen aún hoy manos crueles que quisieran arrancar de las sienes de María la gloriosa aureola de la maternidad divina. Por esto hemos de repetir nosotros las alabanzas ardorosas de aquellos siglos lejanos, las alabanzas que el contrario más eximio de Nestorio, el protagonista principal del concilio, SAN CIRILO, Patriarca de Alejandría, pronunció en Éfeso, en nombre de sus compañeros los Obispos, para ensalzar a la Virgen Madre:

«Dios te salve. Madre y Virgen, templo vivo e inmortal de la divinidad, tesoro y luz del mundo, adorno de las vírgenes, apoyo de la fe verdadera, fundamento firme de todas las iglesias; Tú, que has dado a luz a Dios y has llevado con el corazón puro a Aquel que ningún lugar puede contener. Tú, por quien es alabada y adorada la Santísima Trinidad, y por quien es honrada por el mundo entero la santa cruz. Tú, por quien el hombre caído recupera sus derechos a la herencia celestial... ¿Quién es capaz de alabarte dignamente, a Ti, que estás por encima de toda alabanza? ¡Oh fecundidad virginal! ¡Oh maravilla inconcebible! ¡Que toda nuestra sabiduría, todo nuestro gozo, consista en temer y honrar—alabando eternamente a la Virgen María— al Dios Trino, porque suya es la gloria por los siglos de los siglos.»

CAPÍTULO IV

MARÍA Y LAS MUJERES

De un hermoso lago de Italia, del lago Maggiore, emerge como un pequeño paraíso terrenal la *Isola Bella*, la «Isla Bella». Es de veras digna de tal nombre. Cuando, en la primavera, la nieve y el hielo cubren todavía los montes de los alrededores y en ellos está todavía inmóvil y muerta la naturaleza, en la *Isola Bella* ya florecen con plena hermosura los limoneros y naranjos y despiden las flores su fragancia.

En medio de la humanidad, cubierta con el hielo de un invierno espiritual, emerge la Virgen Madre, inmaculada, pura, *«como azucena entre espinas»* (Cantar de los Cantares 2, 2). Es la verdadera «Isla Bella», la bendita *Isola Bella* del alborotado lago de la humanidad, la Tierra bendita de la cual nos llegan la fuerza vivificante de la fe pura y la suave fragancia de la sana moral.

Qué significa el culto mariano para nuestra fe, cómo le comunica fuerza, vida, unidad y belleza, lo vimos en el capítulo anterior. En éste y en el siguiente quiero mostrar las fuerzas que brotan del culto mariano para nuestra vida moral. ¿Qué significa la Virgen María para las mujeres en general? —ésta será la cuestión que propondremos; y ¿qué significa para las madres?, será el tema del siguiente capítulo.

En éste dividiremos la materia en tres puntos: I. *¿Qué era la mujer antes de María?* II. *¿Qué es la mujer gracias a María?* III *¿Qué es la mujer sin María?*

I

¿QUÉ ERA LA MUJER ANTES DE LA VIRGEN MARÍA?

Únicamente podrán apreciar lo que significa el culto mariano para la mujer quienes conozcan el concepto bajo, humillante, que se tenía de la misma en épocas anteriores a Jesucristo y la situación vergonzosa que consiguientemente se le señalaba.

¿Qué fue la mujer antes del cristianismo? La esclava del hombre.

Y no será fuera de propósito recordar ahora la degradación de aquella época en que brilló por primera vez ante los hombres la imagen de la Virgen Madre, triunfadora del pecado. Sabemos cómo en aquellos tiempos las olas de la inmoralidad eran pavorosas, que la hija de un emperador se puso entre las rameras, y que dio Herodes a una princesa, como galardón de un baile provocativo y sensual, la cabeza de San Juan Bautista.

Antes de la Virgen María el sexo femenino estaba enfermo, *enfermo sin que lo supiera él mismo*. Porque puede estar enferma una persona, ser fea y tener la cara llena de manchas, sin darse cuenta de ello, a no ser que tenga junto a sí a otra persona sana, bella y sin defecto alguno, que pueda servirle de norma para medir y valorar sus propios defectos. Pues bien, María brilló ante nosotros como la imagen ideal, que a todos nos llama la atención y nos advierte: «Estás enfermo, eres deforme, tienes manchas», y así nos invita calladamente a copiar su imagen incomparablemente bella, sin mancilla.

En la Virgen María el cristiano ensalzó a la mujer y la levanto sobre un pedestal, que ni antes ni después podía sospecharse. Y a medida que se iba propagando el culto mariano, se difundía también un concepto completamente nuevo de la mujer. El que se hacía cristiano y honraba a María, miraba con un respeto emocionado a todas las mujeres. Porque el culto mariano, si por una parte inculcaba a la mujer su propia dignidad y el aprecio de las cualidades realmente valiosas del sexo, por la otra despertaba también en los hombres una nueva forma de respeto, delicado y puro,

aquella forma de pensar caballeresca cristiana que antes de Cristo no conocían aún los pueblos más cultos, y que hoy—por desgracia— empieza de nuevo a desconocer casi por completo la generación actual, tan alejada de Cristo.

¡Mujeres, doncellas! ¿Habéis meditado alguna vez cuánto debéis a esta Virgen Bendita, Madre de Dios? ¿Habéis pensado que desde que resonó en labios del Arcángel la primera Avemaría, están adornadas las sienes de la mujer con una corona invisible? ¿Y que cuando se oyó por primera vez el Avemaría se rompieron las cadenas de vuestra esclavitud? Porque ¿quién se atreve hoy a humillar a quien es hermana de la Madre de Dios?

No exagera el DANTE al llamar a María, en el canto XXIII del *Paraíso,* «rosa florecida bajo los rayos de Cristo», y al cantar de esta manera:

«¿Por qué te enamora mi faz de tal suerte, que no te vuelves hacia el hermoso jardín que florece bajo los rayos de Cristo? Allí está la Rosa en que el Verbo divino se encarnó; y allí están los lirios por cuyo aroma se descubre el buen camino... Y semejantes al niño que tiende los brazos hacia su madre después de haberse alimentado con su leche, movido del afecto que aun exteriormente se inflama, cada uno de aquellos fulgores se prolongó hacia arriba, patentizándome así el amor que profesaban a María.»

Examinemos ahora la segunda cuestión:

II

¿QUÉ ES LA MUJER GRACIAS A MARÍA?

A) Demos unos pasos por el ámbito de la literatura y de]a historia, examinemos la vida de las mujeres más respetables; ¿encontraremos una siquiera cuya figura despida una corriente tan incesante de fuerza, aliento, alegría de vida, empuje, consuelo, como la Virgen Santísima? Si son humildes criaditas las que la miran, allí está la «esclava del Señor»; si son reinas las que le dirigen una mirada, se encuentran en presencia de la «Reina de los cielos»; si son almas atribuladas las que buscan alivio, la «Virgen

de los siete dolores» las consuela; y si son almas que luchan con el pecado las que imploran auxilio, las ayuda la «Virgen Inmaculada».

a) El daño que Venus causó a la humanidad no pudo ser remediado, a no ser por María. Desde que las imágenes de la Virgen, adornan el santuario y lo más íntimo del hogar en las familias que se precian de ser cristianas, desde entonces la humanidad sabe respetar la completa e intacta virginidad antes del matrimonio, y en el matrimonio el pensamiento sublime de Dios: la dignidad de los padres, y también el don magnífico de Dios: los hijos.

Doquiera se encuentre una imagen de María, allí hay aliento, empuje hacia los más altos ideales. Y no pienso ahora en aquellos guerreros de fama universal que llevaban el rosario en la empuñadura de sus espadas, ni en nuestros mayores, aquellos heroicos húngaros que atacaban al turco llevando el estandarte de María. No es esto lo principal. Quiero enaltecer cien veces más que a todos los triunfos logrados sobre los turcos, aquellos millones y millones de triunfos invisibles, espirituales, que con ayuda de María lograron tantísimas personas sobre los viejos enemigos del hombre, sobre los instintos que nos empujan al pecado.

b) Porque la Virgen María, *toda pura, sólo puede ser honrada dignamente por el alma pura; y para seguir dignamente sus huellas se necesita una vida según el beneplácito de Dios*.

Una vieja leyenda expresa este pensamiento de un modo admirable.

En el altar de un convento hay una imagen un tanto extraña de María: tiene rotas las dos manos. En otros tiempos la imagen estuvo intacta, pero fue mutilada después, en el fragor de la guerra; y dice la leyenda que ante la estatua, cuando estaba entera, se vieron atendidas muchas súplicas, pero que ahora, ante la estatua mutilada no se obran ya milagros; le faltan las manos a la Virgen para levantarlas a Dios rogando por los hombres.

Pero continúa la leyenda y dice que si un hombre se arrodillase ante la estatua y rezase de esta manera: «Virgen Santísima, Madre mía, aquí tienes mis manos; son tan limpias, tan suaves, tan

incontaminadas que me atrevo a ofrecértelas para sustituir las tuyas...», entonces se reanudarían los milagros.

¿Sientes, lector amigo, el profundo simbolismo de la leyenda? El alma hundida en el pecado y las manos manchadas honran en vano a María. Primero hemos de lavar con lágrimas de arrepentimiento toda la suciedad que tienen pegada; y sólo después podemos atrevernos a mirar el rostro siempre puro, limpio, siempre bello de María.

Sí, porque toda su figura es apoteosis del espíritu que triunfa sobre la materia..., y ¿quién puede negar que los hombres necesitan urgentemente triunfar de los intereses materiales que ahogan toda espiritualidad? Nuestra terminología y nuestro ideario se amoldó a la tierra, y no sabemos expresarnos más que con términos de financiero, y en todos nuestros pensamientos, planes y trabajos falta siempre algo difícil de nombrar con palabras concretas: falta un alma que aspire a las alturas, ojos que miren más allá de la materia, un vuelo que no se contente con las posibilidades terrenas.

B) Y al hablar de la influencia del culto de María en la moral, es muy lógico que nuestros pensamientos vuelen espontáneamente a la figura de la de la Virgen Inmaculada, que robustece y defiende la pureza espiritual.

a) En Budapest, delante del Hospital de San Roque, hay una hermosa imagen de María con esta inscripción: *«Tota pulchra es, Maria»*... «Eres toda bella, oh María; y no hay en ti mancha original...»

¡No hay en ti culpa original! Es esto lo que significa la Concepción Inmaculada. Pero esta expresión: «Virgen Inmaculada» la entendemos también en otro sentido. La solemos aplicar a la vida completamente pura de María, a su pureza moral y espiritual. Y si en todo tiempo fue necesario proponer a los hombres el sublime y noble ideal de la pureza del alma, lo es también ahora, principalmente ahora, cuando en este problema el mundo anda del todo desquiciado.

Tiene la Religión de Cristo en este punto un magnífico lema: *«Puros hasta el altar, fieles hasta la muerte»*; una vida del todo pura y continente hasta el altar nupcial, y una fidelidad conyugal hasta que la muerte les separe.

Ahí está nuestro ideal...; pero, ¡ay! ¿Es posible cumplirlo aún hoy día? ¿Aún hoy, en medio de tanta corrupción moral?

Tal vez alguno me arguya: «Antiguamente no eran mejores los hombres.»

Realmente hubo en todos los tiempos hombres malos y hombres buenos; y no afirmo —porque sería sobrada candidez— que en los llamados «antiguos buenos tiempos » todo el mundo haya sido realmente un santo. Pero ¿sabéis cuál es la enorme diferencia entre lo pasado y lo presente? En los viejos tiempos al pecado se le daba el nombre de pecado, y para cometerlo se tenían que ocultar los hombres en la oscuridad. Pero ¿ahora? Los hombres excusan, más aún, pretenden justificar la caída moral, y en algunos casos hasta se hace ostentación de los desórdenes morales. Hoy día el pecado sale de su escondrijo y, desvergonzado, hace su trabajo a la luz del día. Sí, también hubo pecadores entre los antiguos, pero por lo menos se les daba este nombre.

¿Qué ocurre hoy? ¿Qué pasa en torno nuestro? La impureza hace estragos en los jóvenes y en adultos..., ¡y ni siquiera nos escandalizamos! El veneno se propaga por doquier… películas, anuncios, teatros, escaparates, libros… destruyendo la vida espiritual, la coherencia moral, la generosidad, la patria, el porvenir.

¿Quién puede servirnos de ayuda en este trance? ¿Quién puede oponerse esta corriente de degradación moral? ¿Quién puede tender la mano a los que están a punto de ahogarse? ¿Quién sino la Virgen Inmaculada, la sin mancilla, la Purísima? Contemplad una imagen de María, pintada por Murillo...; contemplad... iba casi a decir esta oración en colores. Mirad ¡qué bella es la Virgen! En torno suyo vuelan ángeles y admiran su hermosura. Pero no mira la Virgen hacia nosotros, ni hacia los ángeles, sino que clava la vista en las alturas, de donde bajan todas las luces que la envuelven. En aquel mar inaccesible de luz habita Dios, la pureza eterna; y María es la realización humana más perfecta de tal pureza. Y mientras contemplamos el cuadro, nuestras miradas

se alzan también, pasan de María hacia las alturas, al «Padre de la luz», a la fuente inagotable y eterna de la pureza.

b) Y solamente ahora comprendemos de veras *lo que nos enseña la Virgen Inmaculada revestida del sol y coronada de doce estrellas*. Nos enseña el camino de la verdadera grandeza. No lo que pregona al mundo. Porque también el mundo tiene su Evangelio propio y su Credo peculiar. Su Evangelio reza de esta manera: Sed como Dios, omniscientes y todopoderosos, y poned vuestro trono por encima del cielo. Y su Credo es como sigue: Creo, pero únicamente en mí mismo.

Mas he ahí que resuena el Evangelio y el Credo de la Inmaculada: ¿Quieres de verdad ser grande? Es un deseo natural, un deseo antiguo que anida en cada hombre. La cuestión está en esto: ¿te contentas con las apariencias o anhelas la realidad? ¿Quieres ser grande a fuerza de rebeldía, o a fuerza de obediencia? ¿Por medio del orgullo o por medio de la gracia? ¿Sólo quieres ser hombre, o también cristiano? Son hombres aquellos en cuyos cuerpos habita el alma; y cristianos aquellos en cuyas almas habita Dios. El cuerpo en que no hay alma, no es hombre vivo, sino cadáver en vías de putrefacción; y el alma en que no habita Dios, no es alma viva, cristiana, no es alma divina.

Y, sin embargo, el Hijo de Dios —dice SAN AGUSTÍN— se hizo hombre para que pudiera el hombre ser dios. Y ahí está el valor más profundo del cristianismo, y esto es lo que nos enseña la imagen de la Inmaculada, al invitarnos a nosotros, hechos de barro y fango e inclinaciones vergonzosas, a subir hacia las alturas divinas: *«A todos los que le recibieron,* (a Cristo), *a los que creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios»* (Jn 1, 12). Y aun cuando el cristiano transformase toda la tierra en paraíso, aunque hiciera cesar todos los males, sufrimientos, miseria y muerte, con todo no sería más que metal que suena o campana que retumba si no pudiera producir el cambio maravilloso, santo, que supone levantar al hombre mezquino, mortal, de continuos tropiezos, y hacerlo *«participar de la divina naturaleza»* ().

Y para poder creer esta dicha inefable, para podernos convencer de esta posibilidad, basta levantar los ojos a la Inmaculada, la

cual, siendo criatura, limitada, terrena, *vivía del todo en Dios y vivía por Dios*. ¡Mira cómo llena su alma el océano de la vida sobrenatural! ¡Mira cuán invencible se hizo su alma por la fuerza que le comunicaba la unión con Dios! ¡Mira cómo brilla su rostro por las luces de la cercanía de Dios! Dios te salve, llena de gracia. Dios te salve, llena de Dios. Dios te salve, tú, que tienes por corona las estrellas, por vestido el sol y posas tus plantas sobre la luna.

¿No sientes que a nuestro mundo pecador, agotado, moribundo, sólo pueden salvarlo y sustraerlo al castigo de Dios los que son realmente hijos de la Inmaculada? ¿De la Virgen María, llena de gracia, llena de santidad, llena de Dios?

Existe una imagen mariana del siglo VI, procedente de Rusia: María está erguida en un mar de rayos; y en su pecho, en el sitio de su corazón, se dibuja Cristo, como sol, como hostia rodeada de haces de luz. ¿Qué es lo que quiere expresar? Que el corazón de María estaba ocupado por Cristo, allí vivía El, y así María era un ostensorio, un tabernáculo vivo. Por fuera María..., por dentro Jesús. Por fuera hombres..., por dentro Jesús. Por fuera un estudiante más, un empleado, obrero, juez, maestro, ingeniero, costurera, ama de casa..., por dentro Jesús.

Y realmente, ¿quién podría contar los millones y centenares de millones de jóvenes y adultos, de pequeños y grandes, que, aun en medio de fuertes tentaciones, fueron preservados por el culto de María, por la Virgen Purísima?

III

¿QUÉ ES LA MUJER SIN MARÍA?

Después de lo dicho, nadie puede dudar cuál haya de ser nuestra contestación a la tercera pregunta que propusimos al principio del capítulo. No cabe ni sombra de duda: si se suprimiera el culto mariano, la corrupción moral de la sociedad se recrudecería y la mujer caería nuevamente en un estado precario.

A) Cuanto más espantoso sea el desenfreno moral de nuestra época, y cuanto más se asemeje a la inmoralidad del antiguo paganismo, tanto más hemos de mirar con redoblada confianza a la Virgen Madre, que nos alienta a vivir una vida más limpia y más dichosa.

¿Sabes cuál es el mayor defecto en este mundo moderno? Que faltan en medio de nosotros mujeres del tipo de María, mujeres dignas de recibir la salutación angélica. Abundan las mujeres atrevidas, provocativas, licenciosas, que no hacen más que pregonar la vaciedad de sus almas...,

¡Qué denigrantes teorías se propalan respecto de la mujer, contra la maternidad, contra los hijos! ¡Salas de baile..., concursos de belleza..., modas indecentes..., playas..., matrimonios a prueba..., matrimonios de *week-end*..., por todas partes inmoralidad y podredumbre espiritual!

¿Cómo podremos remediar todo esto? Propagando la devoción a la Virgen María.

B) Cuando la mujer pierde su pureza y la vida espiritual, su mejor «yo», se apaga también en los varones el respeto de la mujer, y como consecuencia triunfa la animalidad desenfrenada.

Conforme se mantiene la mujer, queda en pie o se derrumba la vida humana. Donde la mujer se rebaja a objeto de placer, impera los instintos naturales, la vida de los sentidos; pero cuando la mujer imita la delicadeza y pudor de María, allí florece la verdadera cultura, la dignidad humana. Cuando la mujer pierde su manera de ser delicada, su pudor, su auto estima, el hombre pierde su respeto hacia ella, y comienza la ruina de la sociedad.

El que haya todavía mujeres —y con abundancia, ¡gracias a Dios!— que tratan de imitar las virtudes de la Virgen María, sosteniendo la vida familiar, dando la vida por sus hijos… es una bendición para la sociedad, un signo de verdadera cultura. Porque la cultura humana tiene su más bella flor en el culto a María? «Cultura» significa «refrenar las fuerzas salvajes». Y si esto es así, entonces podemos afirmar sin temor que todo el conjunto de los

inventos técnicos no valen tanto para la verdadera cultura humana como el culto de la «Virgen Inmaculada», de la «Virgen Purísima»,

* * *

Cuanto más virulento sea el ataque que nos dirija el espíritu del nihilismo moral, del materialismo y neopaganismo, tanto más hemos de levantar nuestros ojos confiados con ardientes anhelos hacia la Virgen María, llena de gracia. Y cuanto más nos abrume la corrupción del mundo, con tanto más fervor hemos de dirigir nuestras súplicas a nuestra Madre.

Madre Bendita, ruega por nosotros. Danos la fuerza para saber enfrentar, decidida y valerosamente, tantos ataques y burlas contra nuestro ser de cristianos.

Extiende sobre nosotros tu manto protector para que haya entre nosotros jóvenes de mirada limpia como la tuya. Ayúdanos para que las chicas jóvenes sepan apreciar la alta dignidad en que tú las has colocado. Ayúdanos para que nosotros, tus hijos fieles, seamos también «Isola Bella», «Isla Hermosa», en medio de tantos huracanes desatados de corrupción moral...

Oh Virgen María, concebida sin pecado, ruega por nosotros, sé nuestro refugio y amparo.

CAPÍTULO V

MARÍA Y LAS MADRES

Un día del año 491 antes de Cristo corrió por Roma una noticia espantosa, que dejaba la sangre helada de espanto. La noticia era que Coriolano, el patricio más orgulloso de Roma, condenado a destierro por el pueblo, se había pasado al enemigo, al enemigo más encarnizado de los romanos, a los volscos, y capitaneándolos, lo devastaba y quemaba todo, y ya estaba llegando a las puertas de la ciudad, ebrio de venganza.

La noticia era cierta... Estaba Coriolano al frente del enemigo y a las puertas de Roma. La ciudad, presa del mayor pánico, envió una comisión compuesta de los más distinguidos patricios, para aplacar al antiguo compañero, herido en lo más vivo. En vano: ni siquiera les dejaron entrar en el campamento. Entonces se nombró otra comisión, presidida por el sacerdocio romano: también inútil.

Por fin se pidió con vivas instancias a la anciana madre de Coriolano que fuese a su hijo para aplacarlo. Y lo que no había conseguido la elocuencia de los patricios, ni la súplica de los sacerdotes, lo consiguió Veturia, cuyos ruegos conmovedores impresionaron al hijo hasta el punto de hacerle cambiar de propósito y conducir de nuevo al enemigo lejos de las murallas de Roma... El odio ciego del hijo pagano se amansó por la débil voz de una mujer, porque aquella voz era... la voz de su madre.

Nosotros sabemos por experiencia, que la voz de las madres tiene una fuerza bendita irresistible. Por este motivo a nadie ha de sorprender que nosotros los católicos miremos con orgullo santo y ardiente ternura a María, Madre de Dios y Madre nuestra, desde aquel momento en que su divino Hijo, moribundo en la cruz, nos la dio, encargándole al mismo tiempo a ella que nos tratara como hijos.

Ella es la que nos conforta y nos infunde esperanza en medio de nuestras luchas.

En este capítulo estudiaremos desde otro punto de vista el culto mariano: Veremos a la Virgen María como Madre. En dos puntos podemos agrupar los pensamientos del capítulo: I. *¿Qué bienes causa en todos nosotros la dignidad materna de María?* II. *¿Qué da principalmente a las madres?*

I

¿QUÉ BIENES CAUSA ENTONOS NOSOTROS LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA?

A) *Si meditamos con detención el papel que desempeñan las madres en la historia de la humanidad*, no podrá ya sorprendernos el puesto altísimo que ocupa la Virgen Madre dentro de nuestra fe católica, antes al contrario, lo consideraremos natural, justo, bello y necesario.

a) ¡Qué triste condición la de una familia que perdió a la madre! El padre puede ganar el sustento para los hijos; pero falta la madre, que con un corazón afectuoso y un sentido de piedad dirija la educación de los mismos. Los niños necesitan más tiempo, a la madre que al padre.

Pues bien: esa elemental necesidad se siente no sólo en la vida de familia, sino también en la vida religiosa de la comunidad, y el Señor quiso atender precisamente a este sentimiento al darnos a María por Madre, Madre celestial de todos los fieles. Puso como eslabón que nos uniese a El y nos uniese a nosotros mismos con lazo mutuo a la Virgen Santísima, para que, como en todas las familias, fuese también en la suya, en su familia grande, misteriosa, en su Iglesia, el corazón materno y el amor materno quien nos uniera.

La misión de la Virgen María no se limita, pues, a dar cuerpo al Verbo. Su misión eterna y providencial, su misión de madre prosigue, según la voluntad de Cristo, expresada en el testamento que nos dio desde la cruz...; sigue siendo madre mientras haya

cristianos en la tierra. Y como las madres educan, defienden y enseñan a sus hijos, así nos educa, defiende y enseña también a nosotros la Santísima Virgen. Cuando acaricia al Niño Jesús nos acaricia también a nosotros; cuando le defiende a El nos defiende a nosotros. Esto no es mero sentimiento piadoso, es herencia santa. Es una herencia que nos viene de Cristo en la cruz, cuando mirando a San Juan dijo a María: *«Ahí tienes a tu hijo.»* Y volviéndose a San Juan, y a todos nosotros en su persona, nos dijo: *«Hijo, ahí tienes a tu madre.»*

Necesitábamos una persona que fuera como nosotros, compuesta de carne y sangre, como nosotros...; pero que, con todo, nos fuera superior, fuera más excelsa, más pura, más santa; necesitábamos a la Virgen Santísima. Necesitábamos una criatura, cuyo espíritu no fuera como el nuestro, una pendiente roqueña calcinada por el sol, sino un vergel florido; que no fuera escondrijo tenebroso, sino brillante luz de estrellas; no pantano lleno de cieno, sino fuente cristalina; cuya vida no una vida en zigzag, llena de tropiezos, sino camino recto hacia Dios; una persona su dulce sonrisa nos alentar y dijera: ¡Hombres, hermanos míos, mirad a qué grandes alturas levanta el Señor a los humildes; mirad a qué admirable grandeza eleva a todos los que se dan por completo a El!

De esta Madre purísima, sin mancilla, leemos que se fue con su hijito al templo de Jerusalén, y se sometió a las ceremonias de la Purificación. ¡Qué humildad! ¡Qué obediencia a los preceptos de Dios! ¡Qué ejemplo para nosotros! ¡Cómo nos fortalece y alienta!

b) Es un hecho conocido que la familia se mantiene mientras *vive la madre*, *que es su centro*. Quizá los hijos se casaron ya hace tiempo, quizá tengan ya su propia familia; pero mientras vive la madre, la familia conserva su fuerza de cohesión. Y si muere la madre, empiezan los hijos a verse más raras veces, apenas si se encuentran, cada cual va por su propio camino, porque falta ya el centro de unión, ha muerto ya la madre.

Esto sucede no sólo en las pequeñas familias humanas, sino también en la gran familia de la Iglesia. ¿No vemos cómo se divi-

den y disuelven cada vez más las confesiones religiosas separadas que, si bien dicen seguir a Cristo, no conservan ya el culto de María?

¡Qué gratitud debo a Dios por haberme concedido la gracia de nacer en una religión en que Dios es nuestro Padre, Cristo nuestro hermano y la Virgen María nuestra Madre celestial, la cual une con amor ya en este mundo a los miembros de la familia de Dios!

B) Qué gran atracción ejerce sobre los no católicos el culto a la Virgen María. Basta visitar una iglesia atestada de fieles en el mes de mayo. ¡Cuántos son los que acuden al Mes de María! ¡Cuán numerosos los que acuden a nuestra casa para honrar a la Virgen Madre!

Y se comprende bien, porque es una cosa muy humana. En una familia todos se juntan para honrar a la madre.

Por otra parte, ved lo que me escribió un hombre curtido por la vida:

«La vida me ha zarandeado mucho. Me despojó del padre y de la madre, de los hermanos; todos están ya en la patria eterna. Desde la edad de catorce años soy huérfano y echo de menos el amor de mi madre terrenal.

Y con todo, no soy huérfano...; por lo menos, nunca me he sentido tal, porque ya en mi tierna niñez amaba con delirio a la Virgen Madre, y puedo afirmar con verdad que siempre me alentó su grandísimo amor maternal; he sentido sus caricias que me sostenían en los momentos de tristeza. La Virgen María me ha acompañado siempre. Siempre ha estado a mi lado; nunca he tenido motivos para quejarme, porque nunca me faltó su amor maternal. Siempre me sentí seguro entre sus brazos. En todos mis males, en todos mis sufrimientos y dolores, siempre ha estado Ella junto a mí y nunca me dejó solo.»

Pues bien: si es el corazón materno el que comunica calor al hogar, entonces la Iglesia necesita también el calor del corazón materno. Por esto tiene tal fuerza de atracción el culto de nuestra Madre celestial.

«¿Tú quieres honrar únicamente a Cristo y no quieres preocuparte de María? No lo conseguirás. Tendrás que cerrar los ojos para no ver a María, y ni aun así lo has de lograr.

¿Quieres adorar al Niño divino, al dulce Jesús? Levanta tus ojos a El: ¿qué ves? A la Virgen Madre, que lo tiene en sus brazos.

¿Quieres seguir al Niño Jesús cuando huye a Egipto? Alza tus miradas a El, ¿qué observas? Lo cuida la Virgen Madre.

¿Quieres conversar con Jesucristo clavado en la cruz? Míralo bien: ¿a quién ves al pie de la cruz? A la Madre de Jesús.

¿Quieres besar las llagas del Cristo muerto, por las cuales brota la sangre redentora? Mira su cadáver, ¿dónde lo encuentras? En el regazo de María.

¡Qué dicha para nosotros el que Dios no haya puesto sus gracias en la bóveda celeste, como las estrellas...!; de allí no podríamos bajarlas; ¡qué dicha el que no las colocara como perlas preciosas en el fondo del mar!..., de allí no podríamos extraerlas. Las puso en las manos abiertas de María, su dulce Madre, donde mana con abundancia la fuente de las divinas mercedes y cae sobre sus fieles.» (FULHABER.)

II

¿QUÉ DA A LAS MADRES LA DIGNIDAD MATERNA DE MARÍA?

Si todo creyente siente encenderse su caridad al contacto del corazón materno de María, no hay duda que las madres son las mayores beneficiadas.

Esta es, pues, la segunda cuestión del capítulo: ¿Qué da la Madre de Dios a las madres de los hombres?

Nuestra respuesta es una frase sencilla, pero profunda. Realmente decide toda la suerte de la humanidad: *El culto de la Madre de Dios defiende y corrobora el respeto que se debe a la dignidad materna*.

Sólo podemos conocer todo lo que significa para las madres el culto mariano si: A) *Conocemos por una parte la misión que, según designios de Dios, han de cumplir las madres en la historia de la*

humanidad; y B) *Si conocemos además el concepto cínico que hoy día se tiene del respeto a la dignidad materna*.

A) *¡La mujer como madre!* La voluntad admirable y santa del Dios Creador colocó junto al primer hombre a la primera mujer y, bendiciendo su matrimonio, les dijo: *«Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y sometedla»* (Gen 1, 28). Esto es lo que dijo Dios a la primera pareja: y, en consecuencia del mandato divino, la misión más hermosa y la dignidad más excelsa de la mujer es: o consagrarse por completo al servicio de Dios en el santuario de la vida consagrada, o ser madre en el santuario de la familia.

La mujer alcanza la plenitud, el cenit de su vida terrena, en la maternidad. Llegando a ser madre demuestra la mujer que no puede pasar el mundo sin ella. Podemos prescindir de todo lo demás que haya en ella..., menos de esta función maternal. El mundo podría sostenerse, aunque las mujeres no supiesen guisar, lavar, coser, gobernar la casa con tanta perfección, aunque las mujeres no supiesen conversar con tanta gracia, bailar con tanta distinción y sonreírse con tanta finura; pero no si no supieren ser madres. La mujer, en su calidad de madre, puede revelar sus valores más preciosos; y de ahí que podemos medir con justo título el valor verdadero de una mujer por sus hijos y por la buena educación de los mismos.

B) Y si es así, si es verdad que los hombres no pueden ser santos cuando tienen el corazón enfermo, y si el corazón de la humanidad es la familia, y el corazón de la familia es la madre..., entonces ha de causarnos espanto ver cómo en la humanidad actual, sobre todo entre la generación joven, cunde un concepto frívolo y humillante de la misión más bella que Dios dio a la criatura: la dignidad materna. Se hiela la sangre en el corazón al ver con qué desfachatez se habla sobre este punto en los distintos ámbitos de la sociedad.

a) El mal es ya tan general, que los hombres más responsables buscan, alarmados, el remedio.

Hace algunos años casi todos los países celebraron en el mes de mayo el «día de las madres», destinado a levantar la dignidad

materna en la familia, ante los hijos, en la vida pública. Ensalzaron con fiestas esta dignidad.

Es buena la intención..., pero incierto el resultado.

Nosotros, los católicos, no necesitamos un día especial de las madres. *Nuestro culto a la Virgen Madre ya es un homenaje continuo a la dignidad materna*. Si María no hubiera sido madre, si no hubiese tenido por hijo a Jesús, entonces hoy nadie sabría nada de ella; toda la dignidad de María viene de su maternidad. Pero de la dignidad de Madre de Dios que tiene María irradia la excelsa dignidad de todas las madres. Nosotros no necesitamos un día especial, un día marcado anualmente, un «día de las madres», porque no hay en el año un solo mes en que una u otra fiesta mariana no pregone la dignidad de las Madres: en enero, la fiesta de la Sagrada Familia; en febrero, la Purificación; en marzo, la Anunciación; en abril, el Viernes de los siete dolores; en mayo y en octubre, todo el mes; en julio, la fiesta del Carmen; en agosto, la Asunción; en septiembre, la Natividad de María; en noviembre, la Presentación; en diciembre, la Concepción Inmaculada. ¿Qué falta nos hace un «día de las madres»?

No sólo en esta cuestión, sino también en otras muchas, vemos con orgullo que cuanto anhela el alma humana en lo más hondo de su ser lo encuentra todo en la santa Iglesia católica... El hombre anhela llegar a Dios...; ahí tenemos el Santísimo Sacramento. Quiere arrojar de su alma el peso de sus pecados...; ahí está la confesión. Pretende ayudar a las almas de sus amados difuntos...; ahí está la fe en la comunión de los santos. Se afana por honrar la dignidad materna...; ahí está el culto a María.

b) ¿Es posible imaginarnos de un modo más sublime la dignidad materna, que mirando esta imagen: *el Niño Jesús en brazos de María*? ¡Qué himno de alabanzas entonan a la dignidad materna todas las imágenes de María!

Hoy apenas podemos comprender el concepto que tenía el mundo de esta dignidad antes de Jesucristo... Es decir..., hoy día, en este mundo nuevamente pagano, vemos otra vez a qué extremos llega en esta cuestión el sentir general si se prescinde de Cristo. Acaso no estén lejos los tiempos en que se escriban

nuevamente cartas como la que escribió en el año de nacer Cristo un obrero egipcio de Alejandría a su esposa, que aguardaba un niño: «Si es varón, consiento que viva; si es mujer, hay que abandonarla.»

Así, sencillamente así: ¡Hay que abandonarla! ¡Qué terrible sima del paganismo! Por María supo la humanidad que un hijo es una «bendición de Dios». Y el que honra hoy a la Virgen María no ve una maldición en el niño, no mira en él un intruso que acarrea molestias y es recibido de mal grado. He ahí cómo en tiempos de la epidemia terrible del aborto provocado, cuando la supresión de los hijos aún no nacidos esta llevando al suicidio de las naciones, adquiere un significado inmenso el culto de María.

De nada tenemos más necesidad que de madres que cumplan con fidelidad los graves deberes de la vida conyugal. Casi podría decir: *Este será el futuro tipo de santidad de la mujer, porque es lo que más necesitamos*. Las mujeres santas de la primitiva Iglesia salieron de las filas de los mártires, porque a la sazón lo que más necesitaba la Iglesia era la confesión abierta de la reciente fe cristiana.

Más tarde, las mujeres santas salieron principalmente de las filas de las vírgenes, porque lo que se necesitaba entonces eran ejemplos de consagración exclusiva a Cristo frente a la vida desenfrenada del mundo.

Pero ¿ahora? ¿Qué es lo que ahora más necesitamos? ¿Qué es lo que más hoy se ataca del cristianismo? La vida conyugal, la vida de familia, según el espíritu de Cristo. Así, pues, la madre que cumple de un modo perfecto los deberes de la vida conyugal... es el nuevo tipo de santa que reclama esta humanidad a punto de extinción.

* * *

Hemos tratado de María y de las madres. En esta época en que las mujeres menosprecian la dignidad materna, ¿es posible ofrecer una imagen de más actualidad para adornar los muros de los hogares cristianos que la de la Virgen María, que muestra en sus brazos al Niño Jesús? ¿Podrá subsistir un pueblo cuyos

hogares —como fríos cementerios— se vean sumidos en el silencio, por falta de niños?

Donde se honra a la Virgen Madre, allí se honra también el misterio admirable que estas palabras encierran: «madre e hijo». Porque desde que en Belén aquella Madre bendita dio a luz a nuestro Redentor, la dignidad materna sube ante nosotros a las alturas de la santidad; y desde que los labios de Cristo pronunciaron mil y mil veces la dulce palabra de «Madre», dirigiéndose a María, desde entonces es santo para todos nosotros el nombre de «madre».

Digamos, pues, abiertamente, con claridad y con tesón: *el mundo actual pide madres*. No necesitamos mujeres que hagan proyectos de leyes, que hablen en público, que se reúnan en conferencias..., cuando en su hogar las habitaciones están vacías por falta de niños.

No necesitamos mujeres que siempre estén en la calle, trabajando, divirtiéndose..., mientras abandonan el cuidado de sus hijos.

Nosotros necesitamos madres que, sin asomo de queja, saben velen sobre la formación de sus hijos. Madres, que sean las primeras catequistas de sus hijos, que les enseñen a rezar. Necesitamos madres que sepan ser la bendición de Dios en sus hogares.

Madre nuestra, Madre de Jesús, pide a tu divino Hijo que nos dé madres como éstas.

CAPÍTULO VI

“ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES”

(Lucas 1, 48)

La historia del culto mariano tiene un rasgo peculiar en extremo interesante, que merece ser estudiado en un capítulo aparte. Y es que la Virgen María, visitando a su prima Isabel, predijo el culto extensísimo, general, que había de recibir en el decurso de los siglos, y sus palabras proféticas y su cumplimiento incesante y perfecto nos obligan a una profunda meditación.

Imaginémonos que una muchacha lugareña, de unos dieciséis años, viniese a la capital y en una de las calles más céntricas empezase a decir con toda seriedad: «Ya veréis que mientras el mundo exista los hombres, desde el Polo Norte al Polo Sur, hablarán siempre de mí, una pobre aldeana, con admiración!...» ¡Qué sonrisas de lástima provocaría en nosotros! ¿No es verdad?

Pues esto, poco más o menos, es lo que aconteció con la Virgen María. El mismo país de los judíos carecía de importancia en el mundo a la sazón conocido; y Nazaret, donde tenía su hogar aquella doncella, era un pueblecito insignificante, y de no muy buena fama (Jn 1, 46), de la tierra de los judíos. Después de la salutación del ángel, aquella doncella desconocida, María, parte de su pueblo para visitar a su prima Isabel; y brota de sus labios el gozo, y se le escapa un grito... que, por su increíble ingenuidad, sólo podría ser motivo de risas si el testimonio de dos milenios no lo confirmase.

Isabel saluda con regocijo a la Virgen María, y María responde al saludo de Isabel con este bellísimo himno: *«Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra de júbilo en Dios mi salvador: porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; desde ahora me*

llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo» (Lc 1, 46-49).

¡Con qué incredulidad hubiésemos recibido estas palabras si casualmente hubiésemos presenciado la escena!

¿Te llamarán bienaventurada todas las generaciones? ¿Los millones y millones de hombres que vivirán en la tierra? Pero, ¿quién eres tú? ¿Tal vez la esposa de un emperador poderoso? ¿Quizá la hija del casi omnipotente César Augusto? Pero ¡no! Tú eres hija desconocida de un pueblo insignificante. ¡Tú sueñas! ¡Son alucinaciones!

Pero la historia refuta nuestras palabras de desprecio... De ello quiero tratar en este capítulo. Pasemos revista a la historia para ver cómo se realizó, palabra por palabra, lo que María dijo: «Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.»

Veamos la historia del culto mariano: I, *en la edad antigua*; II, *en los tiempos medievales*; y III, *en la época moderna*.

I

EL CULTO DE MARÍA EN EL PRIMITIVO CRISTIANISMO

A) El culto mariano se presenta hoy a nuestra mirada como una inmensa catedral que abarca el mundo entero; todas las generaciones han ido construyendo, ampliando esa magnífica catedral; pero los cimientos fueron puestos por los evangelistas SAN MATEO y SAN LUCAS, que con pocas palabras dicen de María lo más grande que decirse pueda de una criatura.

Los primeros fundamentos del culto mariano los encontramos en las primeras páginas de los Evangelios, allí donde el evangelista refiere la genealogía terrena de Jesús y termina la relación con estas palabras: *«Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo»* (Mt 1, 16).

Si en toda la Sagrada Escritura no se volviese a decir nada más de María, estas breves palabras serían más que suficientes para explicar el intenso culto que se le tributa. ¿Dónde hay elocuencia humana capaz de agotar este solo pensamiento: ¡María

es la Madre de Dios! ¿No hay que honrar a la Madre que tiene por hijo a Dios?

Todo el culto que le tributaron con alma jubilosa los siglos cristianos brota de este solo hecho: ella es la Madre de Cristo, del Hijo de Dios encarnado.

Se consignan también en el Evangelio de SAN LUCAS las bellísimas palabras con que saludó por primera vez a la Virgen María el ángel del Señor, y que desde entonces son repetidas a diario por millones y millones de hombres: *«Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres»* (Lc 1, 28).

Y leemos, también en SAN LUCAS, el rápido eco que tuvo esta salutación, cuando Isabel recibió a María con estas palabras: *«¡Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre!»* (Lc 1, 42).

Leemos la historia de los pastores de Belén. Fueron apresurados a Belén, y hallaron... ¿a quién? ¿Hallaron a un niño solo? No. Sino: *«Hallaron a María y a José, y al Niño reclinado en el pesebre»* (Lc 2, 16). Junto al Niño divino está siempre también su Madre Virgen.

Y leemos su presentación en el templo, la visita que allí hace Jesús a los doce años y su vuelta; al final del acontecimiento memorable hay estas líneas: *«Y les estaba sujeto»* (Lc 2, 51). Cristo era obediente hijo de María.

Y pendiente de la cruz, el Señor confía su Madre al apóstol SAN JUAN con estas palabras: *«Ahí tienes a tu Madre.»* Y los HECHOS DE LOS APÓSTOLES consignan que después de la Ascensión de Cristo, el centro de cohesión de los Apóstoles fue la Virgen Santísima.

Dios envió a un arcángel para saludar a la Virgen María, y esta Virgen es la Madre de Dios, y a esta Madre obedecía con humilde amor su divino Hijo...: he ahí la raíz última del culto mariano; he ahí la primera etapa del cumplimiento de la profecía: *«Me llamarán bienaventurada todas las generaciones»*.

B) *El acendrado amor con que la piedad de los primeros cristianos rodeó a la Virgen María se muestra con diferentes testimonios*. Y si no quisiéramos dar crédito a los pasajes mencionados de la Sagrada Escritura, hablarían las mismas palabras a favor de María; imágenes, estatuas, iglesias, leyendas, santuarios, fiestas y cánticos antiquísimos darían prueba de la piedad con que la Iglesia católica enaltece a María.

El primer testimonio nos lo dan las antiquísimos imágenes. El culto cristiano, al principio, se celebraba —a causa de las persecuciones sangrientas— en las catacumbas. Y es un hecho interesante que en las catacumbas más antiguas, por ejemplo, en las de Priscila, ya se hallan imágenes de la Virgen Bendita, teniendo en sus brazos al Niño Jesús. Tales imágenes datan de la primera mitad del segundo siglo. Se daba culto a la Virgen María en una época en que —por decirlo así— estaba todavía caliente la Sangre de Cristo, cuando los primeros mártires ofrendaban su vida por la fe de Jesús. ¿Es posible que los primeros cristianos ya se hubiesen desviado de la fe verdadera?

Si el culto mariano no es compatible con la voluntad de Cristo, ¿no habrían protestado los que pudieron aprender todavía su fe de los mismos apóstoles y de sus sucesores inmediatos? Y no protestaron, más aún, nos legaron hermosos libros en defensa de María, que provienen del segundo siglo y se deben a la pluma de San Justino, San Ireneo y Tertuliano.

También se prueba la antigüedad del culto mariano *por aquel cúmulo de leyendas* que se trenzaron en torno de la figura bendita ya en los primeros tiempos, leyendas que nos han sido transmitidas por los llamados escritos apócrifos.

Otro paso en el desarrollo del culto mariano fue *la institución de las fiestas de María*, que colocaron ante la vista de los fieles algún que otro acontecimiento de la vida de la Virgen. Un nuevo paso son *las iglesias erigidas en su honor*. Bien es verdad que hasta el siglo IV no encontramos tales templos al descubierto *sobre el suelo*; pero mucho antes los cristianos honraban con amor y homenaje las imágenes de María *bajo tierra*, en las catacumbas.

El más antiguo templo mariano de que tenemos noticia lo hizo construir el Papa Silvestre I, a principios del siglo IV; es la iglesia de «María Antigua». En el siglo V, el Papa Sixto III hace construir la de «Santa María la Mayor», que todavía hoy es uno de las más hermosas iglesias marianas del mundo entero. Desde entonces andan a porfía, para levantar iglesias en honor de la Virgen, emperadores, reyes, obispos y seglares distinguidos, de suerte que al finalizar ya la edad antigua se alzan templos a cual más hermosos, que testifican la verdad, expresada en el himno de la humilde Virgen de Nazaret: *«Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.»*

Y para ver el cuidado filial y la preocupación solícita con que los primitivos cristianos velaban por la dignidad y el culto de María, basta recordar el Concilio de Éfeso, celebrado en el año 431, en que tuvo de procederse a la defensa de la maternidad divina de María contra las herejías.

El pueblo cristiano, congregado en gran multitud, esperaba con ansiedad las noticias que le llegaban del Concilio: a ver cómo fallarían los Obispos. Y cuando por la noche conoció el resultado, cuando supo que el Concilio hacía triunfar la maternidad divina de María, la recelosa inquietud se trocó en una manifestación espontánea de júbilo, y el pueblo acompañó a los Padres del Concilio con procesiones de antorchas, en medio de un entusiasmo delirante. ¿Es posible que aquella que fue honrada con tanto amor filial por el cristianismo del siglo V sea olvidada por los cristianos del siglo XX?

II

EL CULTO DE MARÍA EN LOS TIEMPOS MEDIEVALES

La santa herencia recibida de los primeros siglos cristianos fue piadosamente recogida y ampliada por la Edad Media. Junto a las antiguas fiestas marianas se instituyeron otras nuevas. Se introdujo la costumbre de consagrar de un modo especial, *cada sábado* a María. Se compusieron himnos a cual más hermosos en honor de la Virgen. Se propagó de un modo especial la oración del Avemaría; hasta el siglo XV solamente la primera parte, o sea las palabras del Arcángel y el saludo de Santa Isabel; después, la

segunda parte, tal como la rezamos hoy día. Se difundió *el rezo del Santo Rosario*, y desde el siglo XIV pasa de campanario en campanario, de pueblo en pueblo, la voz de pregón con que las campanas invitan al Ángelus, la voz solemne y suave del Ave, que resuena en medio del silencio, de la tranquilidad de la aldea. ¡Qué emociones más excelsas experimenta el hombre cansado por las faenas del día, cuando de un valle oculto, de una capilla lejana, se oye de repente la campana del Ángelus!

Cuadros hermosísimos de pintores, bellísimos versos de poetas sirven de expresión a esa poesía de embeleso. Pasta leer las estrofas maravillosas de Lord Byron (inglés), de Lamartine (francés), de Gebel (alemán), que cantan la «campana del Ángelus». Es interesante el hecho de que a mediodía se toquen las campanas aún en muchas iglesias que no son católicas... El mismo que las toca no sabe el porqué.

Tendríamos que dedicar un capítulo especial a *la labor de las Órdenes de Caballeros, de las Congregaciones marianas y Órdenes religiosas*, que en noble competición rindieron culto a la Virgen, como por ejemplo, los cistercienses, los premonstratenses, los dominicos, los franciscanos.

Recuérdense también *los centenares y millares de santuarios, iglesias, catedrales*, levantados durante la Edad Media en honor de la Virgen Santísima, himnos marianos plasmados en piedra, esplendores regios del estilo románico y del gótico, que por todos los países y ante todos los hombres pregonan el cumplimiento de las palabras proféticas: *«Me llamarán bienaventurada todas las generaciones»*.

¿Quién podrá enumerar las hermosísimas iglesias que la Edad Media, con el perseverante y admirable trabajo de decenios de siglos, levantó en honor de la Virgen Santísima? ¿Quién podrá componer la lista de volúmenes que cantan la gloria de María? ¿Contar los millares de imágenes y célebres cuadros de la Madre de Dios? ¿Las innumerables poesías que los hombres le ofrecieron en homenaje, empezando por los cantos XXXII y XXXIV del *Paraíso*, del DANTE?

Hoy día nadie sabe pintar imágenes de María como las de Fray Angélico o de Rafael. Nadie sabe cantarle melodías como las que brotaron de las armas medievales. Quizá nunca vuelva la humanidad a levantar catedrales como las que el Medievo erigió en honor de María. No se podrá ya imitar la ternura —y por decirlo así— el balbuceo infantil con que la Iglesia mimaba en su liturgia a la Virgen Santísima, llamándola «cedro del Líbano», «ciprés de Sión», «palmera de Cades», «rosa de Jericó», «olivo», «bálsamo», «casa de oro», «torre de marfil», «rosa mística».

¿Nos es lícito a nosotros, cristianos modernos; olvidar el alto grado a que llegaron nuestros mayores en la antigüedad y en el Medievo honrando a la Virgen Santísima?

III

EL CULTO DE MARÍA EN LA ÉPOCA MODERNA

¿Qué aspecto presenta la época presente? Es época que al principio vio peligrar el culto mariano, porque la terrible conmoción religiosa del siglo XVI se volvió con peculiar vehemencia contra este culto, Un sinnúmero de imágenes y estatuas marianas, artísticamente inapreciables, fueron víctima del odio más obcecado. Es la época en que podía tal vez ocurrírsele al hombre pensar con honda duda: «Me llamarán bienaventurada todas las generaciones»...; sí, hasta hoy ha sido verdad; pero ¿lo será también en adelante?

A) Pues bien; si ahora, en la primera mitad del siglo XX, echamos una mirada retrospectiva sobre los mismos tiempos de la época moderna, vemos con emoción que nuestro recelo carece de fundamento. Apenas se produjo la dolorosa escisión, tan pronto se desgajó una hermosa y grande rama del árbol de la Iglesia, cuando, a los pocos años, en 1563, se fundó *la primera Congregación Mariana*, y se difundieron con una rapidez increíble las congregaciones, que, no solamente propagaban el culto mariano, sino que, además, lograron, precisamente por ello, una radical renovación religiosa.

También vemos en esta época un auge incomparable de las romerías a *los diferentes santuarios marianos*. Muchos hombres, del todo escépticos, se escandalizan hoy de estas peregrinaciones. Y, sin embargo, sólo puede escandalizarse quien desconozca el alma humana, el deseo místico, el afán innato que, no sólo en el cristianismo, sino también en las otras religiones, dio por resultado un gran incremento de las peregrinaciones. En fin de cuentas, si no nos escandalizamos de que una *miss* americana diga en la habitación de Goethe, en Wéimar: « ¡Ah! ¡Es aquí donde vivió el gran Goethe! », y de que millares y millares de hombres se detengan en silencio delante de una casa señalada con una pequeña lápida de mármol, porque « ¡Aquí nació Beethoven! », « ¡En esta casa vivió Napoleón! », tampoco puede causarles sorpresa, ni pueden tomar a mal que el corazón cristiano siempre se haya sentido intensamente atraído por Belén, Nazaret, Jerusalén, la tumba de San Pedro..., los lugares en que vivió y se movió Cristo, o en que vivieron los héroes de la fe cristiana.

Y ya que no todos pueden ir tan lejos, han de contentarse muchos con una imagen sagrada, principalmente con una imagen mariana, y visitarla en peregrinación y explayar ante ella el corazón. Tal es el origen de los famosos santuarios de Loreto, Lourdes, Censtochova, Guadalupe, etc., que constantemente se ven visitados por millares y centenares de millares de fieles que allí acuden para cantar las alabanzas de María. Lo que significan estos santuarios marianos en orden a profundizar la vida religiosa, difícilmente podría decirse. Esto hay que vivirlo.

Los que no están conformes con el culto mariano sacan a relucir con preferencia los abusos reales o más bien los abusos imaginarios que se cometen. Es indudable que en el vivo colorido del culto mariano se mezclan también los rasgos peculiares de determinados países, razas o clases sociales, y si el hijo de los países norteños toma parte con su sangre fría en la liturgia con los meridionales de sangre caliente, o si un erudito sepultado entre libros se encuentra de repente en medio de las manifestaciones ardientes de los peregrinos llegados a un santuario mariano..., es posible que el espíritu de crítica quiera entonces poner sus peros. y, sin embargo, no hay motivo ni razón. Porque si Dios ha creado

una inmensa variedad de naciones y pueblos, entonces es lícito y obvio que se introduzcan mil variedades de colores en el culto que brota de un mismo dogma invariable, único y verdadero.

Y aun allí donde realmente se cometen abusos —o, con más precisión, donde hay falsas excusas para divertirse—, por más que nos esforcemos por suprimirlos, no hemos de olvidar que los hombres pueden abusar de todo lo grande y de todo lo noble; pero así como no suprimimos las fiestas nacionales, porque hay personas que por su entusiasmo patriótico se emborrachaban en ellas, de un modo análogo tampoco podemos renunciar a las bendiciones del culto mariano porque por parte de algunos se manifieste en una forma errónea..

B) ¿No habéis experimentado, amigos lectores, *cuán severa y fría es la casa donde no se habla de la madre*? Pues bien, la Iglesia católica no quiere ser una casa huérfana de madre. En las páginas de su historia, casi dos veces milenaria, sentimos una y otra vez el calor, el cuidado y la preocupación filial con que la Iglesia defendió, pregonó y extendió el culto de María.

En un altar de la Iglesia de la Universidad, en Budapest, hay una imagen muy conocida de María. No es más que copia. El original está en Censtochova, en Polonia. Nuestra Iglesia sirvió un día de templo a los paulistas; y el templo y el convento de Censtochova es actualmente el centro de la Orden. El día 15 de agosto llegan anualmente polacos a Censtochova para honrar a la Virgen, unos 300.000 peregrinos.

Cuando éstos entran en el magnífico templo, después de una caminata de ocho o diez días a pie, hay que ver en su cara y en sus ojos, arrasados de lágrimas, la alegría inmensa que ninguna otra cosa puede comunicarles en esta tierra.

Hay que ver también una noche cualquiera, desde la terraza que hay delante de la basílica de Lourdes, a la multitud de todos los países que pasa con cirios encendidos en la mano, y cantan el Avemaría, y levantan después el cirio, brotando de miles de gargantas, con aire triunfal, con sentimiento de orgullo, el «Credo in unum Deum!» El que ha vivido estas escenas sabe lo que significa el culto mariano para avivar nuestra fe.

¿Y quién podrá contar las fervorosas oraciones que se pronunciaron en todos los rincones del mundo ante una imagen solitaria, perdida en los campos, de María? ¿Quién podrá medir aquel mar de amargura que se mitigó ante una imagen de la Virgen María? ¿Quién podrá hacer una lista de todas las almas que después de una larga vida pecaminosa se encontraron nuevamente con Cristo en algún santuario mariano? En el Septentrión y en el Mediodía, en el Oriente y en el Occidente, en los montes y en los valles, en los campos y en los bosques, se levantan amables imágenes, capillas, iglesias dedicadas a la bienaventurada a la Virgen Madre.

Entra en cualquier museo célebre del mundo y contempla los centenares de imágenes marianas de fama mundial; escucha la serie de obras maestras de la literatura universal que cantan a María; observa las bellas melodías de los cánticos marianos, a cual más hermosos, compuestos por Haydn, Liszt, Mozart, Beethoven, Wágner, Gounod, Verdi, y después medita, y piensa quién ha podido ser aquella doncella desconocida que hace unos dos mil años pudo decir con tanta verdad, con una verdad que excede toda imaginación: *«Bienaventurada me llamarán todas las generaciones»*. No creo que, meditando en serio tal hecho inaudito haya hombre que pueda negar a la Virgen María el respeto filial.

* * *

Agonizaba una madre, y junto a su lecho, con el corazón oprimido, estaban sus hijos. Allí estaba el menor, un niño de cinco años, que no podía comprender aún lo que significa morir. No sabía más que su madre, a la cual había oído cantar tantas veces y tan hermosamente, estaba entonces pálida, sin fuerzas, y yacía en la cama. Y el niño con su ingenuidad infantil, le preguntó a la madre: «Mamaíta, ¿es verdad que ya no volverás a cantar más?» Y a estas palabras, la mujer moribunda recogió todas las fuerzas que le quedaban y, con un último esfuerzo, empezó a cantar: «Venid, alabemos a María...» Es lo que pudo cantar. Después se desplomó muerta.

Pálida, sin fuerzas, yace también nuestra época en su lecho de dolor. En vez de llevar una vida tranquila, digna del hombre,

vivimos en medio de privaciones, de un miedo continuo y de cambios sociales. En el ruido infernal de la presente lucha de vida o muerte, ¿puede oír aún el hombre moderno la voz de la campana que toca el Avemaría? Se construyen fábricas de aviones y autos, Bancos y tiendas, tribunales y prisiones...; pero ¿dónde se construyen espíritus fuertes que honren a María? Y, sin embargo, si no son nuevamente numerosas las almas que alaban a María, si no nos alistamos todos nosotros en las filas de las generaciones que llaman bienaventurada a la Virgen María, no podremos experimentar de nuevo la fuerza vivificadora del culto mariano. *Coloquémonos, pues, en espíritu junto a la Virgen María, que con alegría canta el «Magníficat», y resuene, asimismo, en nuestros labios el cántico de alabanza: «Rosa del Edén, luz del cielo, ¡oh, María; yo te bendigo!»*

* * *

Saludo magnífico, antiquísimo, de la Iglesia católica es aquella oración de todos conocida, que comienza con estas palabras: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve.» El que ha oído una vez siquiera la magnífica melodía con que la cantan los religiosos en monasterios después del rezo vespertino, antes de ir a descansar, habrá sentido en este cántico toda la confianza filial, todo el respeto y devoción que la Iglesia de Cristo tiene a la Madre de Jesús.

¡Dios te salve!, Reina, Virgen gozosa, que desde la eternidad fuiste escogida por Dios y hallada digna de ser la Madre de su Hijo Unigénito.

¡Dios te salve, Reina!, Virgen dolorosa, que compartiste con fidelidad de mártir todos los padecimientos de tu divino Hijo.

¡Dios te salve! Reina, Virgen gloriosa, que gracias a la hermosura de tu alma impregnada de Dios fuiste hecha de «esclava del Señor» «Reina de los cielos».

... Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre... Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María.

CAPÍTULO VII

LAS IMÁGENES DE LA VIRGEN MARÍA

No sé si habéis tenido en las manos un libro o un álbum en que sólo hay pinturas de María, reproducciones de obras de los mejores artistas del mundo. No es posible describirlo; es preciso experimentarlo; el encanto y la exquisitez..., el gran consuelo que experimenta nuestra alma al contemplar una de esas colecciones.

Centenares y centenares de cuadros. Pero todos tienen el mismo tema: la única, la inmaculada, la bendita Virgen María.

Tengo delante de mí el cuadro de Tiziano: «María, en su Asunción a los cielos». El cuadro de Bellini: «La Virgen Madre mira, soñando, un paisaje lejano». El cuadro de Memling: «María, sonriente, ofrece una manzana al Niño Jesús». El cuadro de Granach: «La Virgen Santísima mira desde un vergel». El cuadro de Rubens: «El Niño Divino se abraza con un encanto singular contra su madre.» El cuadro de Leonardo de Vinci: «La Virgen Madre con sus rasgos delicados». El cuadro de Guido Reni: «El éxtasis de los ojos que miran al cielo». El cuadro de Sandro Boticelli: «La Virgen, cubierta con un velo, escucha las palabras del ángel». Y ¡el cuadro de Dolci y el de Durero y el de Giotto y el de Fray Angélico y el del Greco y el de Filippo Lippi y el de Correggio y el de Mantegna! ¡Y los treinta cuadros de Murillo, cuadros de la «Inmaculada»! ¡Y los cincuenta y dos de Rafael, cuadros de la «Madonna»!

Tendría que ir enumerando todos los nombres que se destacan en la historia del arte, porque apenas hubo pintor que no cifrase su ambición en rendir homenaje con sus pinceles a la Madre de Dios. ¡Cuántos artistas pintaron ya su cuadro! ¡En distintas épocas! ¡Con distinto criterio! ¡En diferentes vestidos! ¡Con

técnica distinta! Pero siempre el mismo tema: el ideal que se levanta con aire de triunfo sobre la tierra y la materia.

Bueno es tratar de estas imágenes.

Claro está que no hemos de recordarlas todas, porque jamás acabaríamos. Pero hemos de destacar algunas; aquellas por lo menos, que irradian una fuerza, un aliento, una enseñanza peculiar para nuestras luchas terrenas. Quiero detenerme delante de tres imágenes y meditar sus enseñanzas: I. *María, la Madre de Dios*; II. *María, la Virgen Inmaculada*, y III. *María, la Reina del empíreo*.

I

MARÍA, LA MADRE DE DIOS

Antes de levantar nuestra mirada para contemplar las imágenes de la Virgen Madre, quiero tranquilizar con breves palabras a ciertos escrupulosos; a los que, viendo la gran cantidad de imágenes marianas, empiezan a dudar de si este fervoroso culto no es una desviación del primitivo cristianismo, y un distanciarse de la vida religiosa, pura y originariamente cristiana, y si, debido al gran culto mariano nos olvidamos de Cristo, su Hijo divino.

Con frecuencia nos proponen semejantes objeciones, principalmente los que no son católicos. Desde luego, estas objeciones soto pueden turbar a quienes no conocen el sentir y la vida religiosa de los primeros cristianos. Quien los conozca, ve inmediatamente que carecen de fundamento las acusaciones que se nos dirigen de haber introducido el culto de la Virgen en época tardía, ya que no era conocido de los primeros siglos cristianos.

No hay una palabra de verdad en todo esto. El que desee saber cómo pensaban los primeros cristianos respecto de la Virgen Bendita, lea el Evangelio de San Lucas. Este evangelista, amigo y compañero del apóstol San Pablo, tuvo ocasión de ver y saber cómo pensaban las primeras comunidades cristianas en lo tocante a la Madre de Jesús. Y es él precisamente quien da más pormenores concernientes a María; él describe la escena de la salutación angélica, recoge el «bendita tú eres entre todas las mujeres», el saludo de Santa Isabel, el «Magnificat», los acontecimientos de

Navidad y la historia de Jesús en el templo a los doce años. El que describió estas cosas, y los que las leyeron, es decir, los primeros cristianos, tenían que sentir un profundo y tierno respeto para con María. No cabe la menor duda.



El que con esto no se quede satisfecho, baje a las catacumbas más antiguas, a los corredores subterráneos de Roma, en que se refugiaban los cristianos en tiempo de persecución y celebraban sus actos de culto, y enterraban a sus amados muertos. Mire, por ejemplo, la célebre imagen de María en las catacumbas de Priscila, donde se ve a la Virgen María entre estrellas, con el Niño divino en los brazos, y delante de ella al profeta Isaías teniendo en la mano el rollo que contiene sus profecías.

La imagen data de la primera mitad del segundo siglo; por tanto, de la época cuya generación podía haber oído directamente las predicaciones de los Apóstoles. En las mismas catacumbas hay otra imagen mariana de la segunda mitad del siglo tercero, la cual representa a la Virgen María vestida con una túnica aristocrática. ¿Hemos de buscar argumentos más decisivos para probar que el

culto mariano ocupa un puesto prominente en la liturgia del más antiguo cristianismo? Y si a aquellos primeros cristianos no se les ocurrió que el culto de María pudiese distraer las almas y enfriar la devoción que se debe a Cristo, o pudiese menguar el carácter cristocéntrico de su liturgia, ¿nos será lícito a nosotros alimentar tales escrúpulos?

No. Nosotros nos paramos con tranquilidad ante las imágenes, de la Virgen María, porque sentimos que la fuerza, el aliento, las enseñanzas y los consuelos que de las mismas emanan, nos llevan hacia su divino Hijo...

* * *

La primera imagen que quiero presentar a mis lectores es la imagen de María, Madre de Dios.

Es el típico cuadro de la «Madonna», quizá el más frecuente cuando se trata de cuadros de la Virgen.

En estos cuadros aparece María como Madre bondadosa, sonriente, sosteniendo a su Divino Hijo. En un lienzo le tiene en los brazos; en otros, le sostiene sobre las rodillas; en el tercero nos lo presenta a nosotros, y sus bondadosos ojos maternales nos miran alentadores: «Hombres, mirad; el Dios misericordioso no está lejos de vosotros: ha bajado en medio de vosotros, colocó sus tesoros en mis manos maternales y está dispuesto a repartirlos en cualquier momento...»

¿Qué nos dice, pues, y qué nos ofrece la imagen de la «Madonna», la imagen de la Madre de Dios?

a) *Nos dice palabras de aliento que nos empujan hacia Dios; b) nos infunde energías provenientes de Dios*.

a) Hasta el momento en que María dio al mundo a su Divino Hijo, la humanidad caída y cargada de pecados, peregrinaba sin esperanza por el camino de los desterrados. Pero así que apareció la Madre de Dios, empezó a despuntar, en sustitución del tronco podrido de Adán, el brote de los nuevos hijos de Dios. Es lo que leemos en los ojos del sonriente Niño que sostiene María en sus brazos. Como si en este cuadro se hubiese inspirado también SAN

PABLO al escribir a Tito: *«Dios, nuestro Salvador, ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres»* (Carta a Tito 3, 4).

Leemos, además, en el rostro de la Virgen Madre la gran advertencia: Hombres, sabéis que la voluntad de Jesucristo se adaptaba en todo a la voluntad del Padre celestial, de suerte que pudo decir: *«Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado»* (Jn 4, 34). Pero sabéis también que mis planes y mis actos concordaban siempre con la voluntad de mi Divino Hijo. Oíd, pues, la gran advertencia: *«El que quiera seguirme a mí, ha de seguir a Cristo, porque quien sigue a Cristo llegará al Padre celestial.»*

b) Pero la Madre de Dios no solamente nos alienta, sino que nos ayuda también. No exagera el sabio más eximio del cristianismo, SANTO TOMÁS DE AQUINO, al afirmar que la Virgen Bendita, si bien es una criatura, limitada, por tanto, como nosotros, no obstante, por su maternidad divina, está en alturas rayanas ya con lo infinito. «La Virgen Santísima —escribe textualmente (*Sum. Theol.* 1ª q. 25 art 6 ad. 4)—, por ser Madre de Dios, tiene una especie de dignidad infinita, sobre la cual no puede haber otra mejor, como no puede haber nada mejor que Dios.»

Ciertamente, nosotros sabemos bien que Dios es el que nos escucha y es Dios quien nos ayuda. Pero sabemos que nos escucha y nos ayuda por amor a la Virgen Santísima, a quien nosotros, católicos, damos con todo derecho el hermoso y característico nombre de «Omnipotencia suplicante». María es omnipotente, porque puede hacerlo todo; pero sólo es omnipotente suplicando; no es ella quien lo hace todo, sino su Divino Hijo, a quien ella suplica. El Rey Salomón no pudo resistir al ruego de su madre, ¿cómo podría resistir Jesús a la mejor de las madres?

Todos conocemos el bellísimo libro de SAN AGUSTÍN: sus *Confesiones*. En este libro escribe, después de morir su madre Mónica: «Tú sabes, Dios mío, qué madre he perdido yo en ella. Jamás ha vertido una madre tantas lágrimas junto a la tumba de su hijo único, como vertió ella por la caída de mi alma. Y yo, ¿podría ser ingrato hasta el punto de olvidar a tal madre? No, madre mía,

nunca olvidaré tu amor, tu solicitud por mí, tus pesares y afanes, el dolor agudo de tu corazón.»

¡Con tanta gratitud se acuerda San Agustín de su madre Mónica! Y, sin embargo, ¿quién es Mónica, en comparación con la Virgen María, y quién es Agustín, en comparación con Jesús? Por esto imploramos nosotros la intercesión de la Madre de Dios con tanta y tan filial confianza; porque sabemos que Jesucristo, que en las bodas de Caná obró su primer milagro, movido por el ruego de su Madre, nunca rechaza las súplicas que ella le dirige. Por esto brotan sin cesar de nuestros labios estas hermosas invocaciones: «Consuelo de los afligidos...» «Refugio de los pecadores...» «Salud de los enfermos...»: ruega por nosotros.

II

MARÍA, VIRGEN INMACULADA

Otra imagen amable de María, en que tienen singular complacencia nuestros grandes artistas, es la imagen de la Inmaculada.

A) Antes de estudiar el cuadro, juzgo necesaria aclarar con unas breves palabras el dogma de la «Concepción Inmaculada de María», que muchos entienden en sentido erróneo.

Repetidas veces oímos decir que no se acepta la Concepción Inmaculada de María, por ser una cosa realmente increíble. «Yo soy buen cristiano —dicen algunos—; pero hay cosas que no se pueden creer. ¿Cómo es posible prestar fe a la afirmación de que María nació sin padre, o sin madre, o qué sé yo cómo? ¿Cómo es posible enseñar tal cosa?...»

Y estos descontentos abren unos ojos como platos de sorpresa al oír que la religión católica nunca enseñó tamaño desatino. Porque la Concepción Inmaculada de la Virgen María no significa que ella no naciera como los demás hombres, que no tuviera ella padre ni madre...; precisamente celebramos el 26 de julio la fiesta de Santa Ana, madre de María, y el 16 de agosto, la fiesta de su padre, San Joaquín.

La Concepción Inmaculada se refiere únicamente al alma de María, y afirma que el Señor eximió su alma del castigo que pesa sobre todos los demás hombres, la eximió de la ley de la culpa original, y no permitió, en consideración a su Divino Hijo Jesucristo, que su alma fuese obscurecida un solo momento por esta nube de pecado. La Concepción Inmaculada significa que el alma de María no fue rozada siquiera por la mancha original. ¡Inmaculada! ¡Por fin, una criatura que el Padre celestial puede mirar con satisfacción plena! ¡Una criatura, por fin, que puede mirar al Padre celestial con amor encendido y sin turbación alguna!



B) Examinemos ahora la imagen de esta Virgen sin pecado concebida.

En esta clase de imágenes María está en las alturas de una dignidad inaccesible. Bajo sus pies está la serpiente con la cabeza aplastada, y está el orbe terráqueo, con toda su mezquindad, todo su polvo y miseria; las manos están cruzadas, los ojos miran al cielo, a las alturas serenas de las estrellas. Y como si nos dijera esta Virgen Inmaculada: «Hijos míos, ¡qué cosas escribís en vuestros libros! ¡Qué cosas enseñáis en vuestros teatros y cines! ¡Qué cuadros colgáis en vuestras exposiciones! Pero ¿es que realmente no conocéis vuestra dignidad? ¡Por todas partes veneno de serpiente, por todas partes polvo, inmundicia y fango! La generación joven come las mondaduras que se arrojan a los cerdos...: ¿adónde llegaréis, adónde llegaréis?...»

Esto nos predica la imagen de la Inmaculada.

Leemos las palabras magníficas de SAN JUAN: *«En esto apareció un gran prodigio en el cielo: Una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas»* (Apoc. 12, 1). Este prodigio, esta gran señal en nuestro cielo es la Virgen Santísima, la nueva mujer. La mujer antigua se arrastraba en compañía de Eva por las huellas de la serpiente, y compartió su suerte: se quedó pegada al fango..., y comía y se tragaba la tierra. Esta mujer nueva reviste de belleza celestial su propia alma y la de todos los que a ella recurren.

Hasta hoy veíamos por todas partes la bondad por el suelo; con alas de murciélago volaba entre nosotros el pecado, y en pos de él se quebrantaban los cuerpos, se inclinaban las cabezas, perdían los rostros sus rosas y los templos se derrumbaban. Pero, por fin, llega la Bondad triunfante: María. El mar infinito dice: “¡Boga mar adentro!» La cima cubierta de nieve dice: “¡Sube a las alturas!» La Virgen Inmaculada dice: “¡Levántate a mí!»

Si una criatura de carne y sangre, si María pudo lograrlo, '¡también lo lograré yo!

Así se cumplen las palabras del poeta

«Mi mente se vuelve por completo a Ti; mi vida está en tus manos. Fórmala Tú también, fórmala Tú según la justicia, haz de ella una obra maestra, bella y verdadera, para que siempre mire a las alturas y alabe feliz al Creador.»

Miro larga y profundamente la imagen de esta Madre sin mancilla, y como si oyera resonar de nuevo en sus labios los acentos del «Magnificat». «Mi alma enaltece al Señor.» Los grandes artistas ponen todo el calor de su alma en sus obras, y es su propia alma la que habla en el cuadro, que sonríe en la estatua, que llora en la música. Toda la hermosura, profundidad, belleza, intensidad que el Dios creador puso en la Virgen Santísima, resuenan ahora en un solo himno de labios de la Inmaculada. ¡Mira cómo palpita su alma de alegría, porque vive llena de Dios! Y es cosa sabida que un alma sabe exaltarse, levantarse, regocijarse en la misma medida que se llena con los pensamientos, planes y voluntad de Dios. Y no sólo el alma de María, sino también la nuestra, toda alma humana. Tienes la dicha en la medida en que te acercas a Dios...., es lo que nos enseña María cuando entona él «Magnificat»; es lo que pregona y nos enseña la imagen de la Inmaculada.

III

MARÍA, REINA DEL CIELO

Finalmente nos detenemos delante de un nuevo cuadro, que nos ofrece a la Virgen María en la gloria de los cielos, junto al trono de Dios. Es la imagen de María, Reina del cielo.

¿Habéis meditado alguna vez, amados lectores, qué fuerza irradia y qué consuelo comunica a nuestra fe la imagen de la Virgen triunfante, victoriosa?

A) ¡Qué árida, qué fría, qué tormentosa y falta de finalidad parece hoy día la vida de muchos hombres! ¿Por qué vivo propiamente? ¿Qué objeto puede tener el que yo vaya desgranando los días, uno tras otro, en el silencio de un desconocimiento completo? —así se quejan muchos—. ¡Cuán provechoso es para ellos, en tales trances, acordarse de María! Una vida pasada en una aldea desconocida de un país lejano; una vida que, al parecer, también consistía en un desgranar de días grises, pero que, en realidad, tuvo tal precio a los ojos del Dios omnipotente, que le

confió la misión más grande y honrosa que pueda confiarse a una criatura; una vida que se mostraba silenciosa e insignificante, y con todo terminó en la felicidad eterna del Reino de Dios.

Es posible que mi vida sea también así, una vida silenciosa, insignificante, de la que no harán memoria los biógrafos, ni mucho menos le dedicará gruesos volúmenes. «¿Memoria eterna?» ¡Qué orgullosa palabra humana! ¡Como si nosotros pudiésemos perpetuar la memoria de una cosa cualquiera! Pues sí, señor; la memoria de mi vida, pasada en el amor y servicio de Dios, por muy silenciosa y humilde que haya sido, será recogida para la eternidad; la recogerá Jesucristo, de cuyos labios saldrán estas palabras en el día postrero: *«Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del Reino, que os está preparado desde el principio»* (Mt 25, 34).

La vida silenciosa, oculta, de la Virgen María, que con todo llegó a tener un significado que orienta y modela la historia y su coronación de Reina de los cielos, nos enseñan que la mirada del Padre celestial se posa y esparce bendiciones también sobre los pequeños desconocidos hogares, si en el alma de sus habitantes flamea la llama del amor divino.



B) Dios desde el principio tenía sus designios no solamente respecto de María, sino respecto de cada hombre, también respecto de mí...; pero de nosotros depende conocer o no estos designios divinos, y hemos de vivir dispuestos a cooperar para realizarlos.

Lo mismo aconteció con María. Primero se deja ver el ángel y le comunica los designios de Dios: *«¡María!, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios*. C*oncebirás en tu seno, y parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús»* (Lc 1, 30-31). Ahora todo depende ya de María. ¿Qué dirá?: ¿«si» o «no»? ¿Ofrece su cooperación a los planes de Dios, o se inhibe? La respuesta de María, es afirmativa: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»* (Lc 1,38).

¿Sabéis qué encierran estas sencillas palabras? La ofrenda completa de María a la voluntad divina, que le había sido revelada. «Señor, desde hoy en adelante no viviré ya mi propia vida, sino que me doy por completo a la realización de tus designios: Cumple, Señor, en mí tu santísima voluntad.»

¡Qué lección, qué rumbo, qué impulso para nuestra propia vida! ¡Conocer la voluntad de Dios y entregarnos incondicionalmente a sus santos planes! ¡Qué bella devoción la de las almas realmente cristianas que en su oración matutina rezan también el «Ángelus», y se aplican estas palabras humildes de María: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», diciendo ellos a su vez: «He aquí, Señor, tu hijo fiel. Hágase en mí, Señor, tu santísima voluntad.»*

Hermosa práctica la de hacerse con frecuencia esta pregunta durante el día: Lo que ahora digo, leo, hago o dejo de hacer, ¿es según la voluntad de Dios? Que en este ambiente insoportable procuro ser dulce, manso, amable, disciplinado... Sí, esto es voluntad de Dios. Que conduzco de nuevo al Señor a ese conocido que bordeaba ya el precipicio... Sí, esto es voluntad de Dios. Que en medio de las tentaciones que me acometen no titubeo, que la enfermedad no me quebranta, que no me quejo por las lágrimas que debo verter... Sí, esto es voluntad de Dios.

Si voy a ver aquella película excitante, provocativa; si hojeo una revista tan frívola... Señor, ¿también esto es tu voluntad? Si emprendo aquel negocio sospechoso... Señor, ¿también esto es tu

voluntad? Si no lo es..., ¡ah! entonces no lo haré. *Hágase en mí, Señor, tu voluntad santísima*.

Tales son las lecciones magníficas que nos da la Reina de los cielos sentada en su trono de gloria.

* * *

Doy por terminado este capítulo, en que me había propuesto estudiar las imágenes de María; pero sé muy bien que algunos de mis lectores desearían llamarme la atención sobre un punto.

«No puede terminarlo todavía —me dicen en silencio—. Todavía no ha tratado de una imagen de María, la más humana, la que acaso está más cerca de nosotros, la que más nos consuela: no ha tratado todavía de la Madre Dolorosa.»

Realmente, no he hablado de ella. Pero no lo hice por la sencilla razón de que deseo tratar de ella con más minuciosidad en el siguiente capítulo, que consagraré por completo a la Madre Dolorosa.

Tenemos muchas estatuas de los tiempos precristianos; pero ninguna de ellas conmueve tanto como el conocidísimo grupo de LAOCOONTE. Es una obra maestra, de incomparable valor. Representa a un padre con sus dos hijos; una serpiente gigantesca se enrosca a las tres figuras y mata con su mortal abrazo a los tres, reflejándose en los rostros desfigurados el dolor y la desesperación. He ahí el dolor y la esclavitud de la humanidad, que antes de la Redención gemía impotente bajo el peso del pecado original.

Pero en nuestras iglesias hay otra estatua: la estatua de una mujer bellísima, de dulce mirada. En torno de su cabeza hay una corona de doce estrellas, debajo de sus pies —no enroscada a ella con abrazo mortal, sino aplastada— yace la serpiente. He ahí la gran alegría, la gozosa libertad de los hombres redimidos.

Antes de vivir en la tierra esta Mujer bendita, era el hombre cautivo. Pero de María recibimos el don mayor, al Redentor del mundo. Y por esto le ofrecen a ella su homenaje los pinceles de los artistas más renombrados. Y por esto también millones y millones de fieles acuden con sus súplicas fervientes a la Virgen Santa.

Madre nuestra, que eres Madre de Dios, muéstranos el fruto de tu vientre para que podamos ser siempre hijos fieles de Jesucristo.

Madre nuestra, llena de gracia, ruega por nosotros, para que apreciemos y conservemos la gracia de Dios.

Madre nuestra, que has aplastado la cabeza de la sierpe infernal, ruega por nosotros, para que seamos puros de corazón. Y enséñanos a vencer la serpiente.

Madre nuestra, Reina del cielo, ayúdanos a pasar esta vida de manera que, al final de la misma, podamos llegar también nosotros al reino eterno de tu divino Hijo.

CAPÍTULO VIII

LA MADRE DOLOROSA

Los sabios y artistas de todo el mundo saludan con gran acontecimiento el día en que el rey de Suecia entrega el I Premio Nóbel a los que lo consiguieron.

En 1928, el premio de Literatura fue concedido a una escritora, Sigrid Undset. El día 7 de diciembre pasaba ella por Oslo, camino de Estocolmo, para recibir el premio. En Oslo se organizó una gran fiesta en su honor, y al siguiente día, en la fiesta de la Inmaculada, ella fue a la iglesia de los dominicos y depositó en silencio a los pies de la Madre Dolorosa la corona de laurel recibida, la noche anterior, de sus admiradores.

No sabemos cuántas veces debió estar arrodillada esta escritora de fama mundial ante la estatua de la Madre Dolorosa. No sabemos qué cosas pudo decirle el rostro de la Madre Dolorosa sobre ambiciones, planes de vida, esfuerzos, amor, paz. No sabemos sino que fueron millones los hombres que miraron así los ojos de la Madre afligida, y encontraron consuelo, tranquilidad y nuevo ánimo de vida... a los pies de la Dolorosa.

¡La Madre Dolorosa! A. ella deseo consagrar el presente capítulo.

¡La Madre Dolorosa! Por el camino de la vida —camino de zarzales, pedregoso, rudo y triste— quisiera conducir yo a mis lectores para hacerles comprender después la influencia maravillosa que ejerce su culto en el alma humana. I. *Primero iremos por el camino espinoso que hubo de andar María*, porque solamente así II. Descubriremos con claridad *aquellas fuentes de vida que brotan de la Madre Dolorosa para endulzar nuestras penas*.

I

MARIA POR EL CAMINO DEL DOLOR

Hoy día, el nombre que con más frecuencia damos a María es el de «Bienaventurada Virgen»; pero con él indicamos más bien su estado actual en los cielos, y no su antigua vida terrena. Porque su vida mortal estuvo afligida en tal forma por acontecimientos tristes, que, teniéndolos en cuenta, hemos de llamarla más bien «Virgen Dolorosa».

Y ello no debe sorprendernos. No ha de sorprendernos que la corriente impetuosa de la Pasión de Cristo prendiera con tanta y tan intensa fuerza en la Virgen María. ¿Quién estuvo tan cerca de Cristo como ella? Ella es el árbol lozano, cuya flor es Cristo, y si el huracán se ha llevado la flor, ¿es maravilla que no deje intacto tampoco el árbol? ¿Es maravilla, si todo cuanto padeció Cristo lo sufrió con El también María?

Solemos hablar de los siete dolores de María. ¿Cuáles son éstos?

1. El primer dolor hubo de soportarlo mucho antes del Nacimiento de Cristo: quería pasar toda su vida en el templo al servicio de Dios, y tuvo que abandonar el templo para ser esposa de San José. La decisión era dolorosa; pero no vaciló, porque siempre anteponía la voluntad del Señor a los deseos y planes propios.

2. El segundo dolor fue una prueba más dura todavía. Al principio, San José no sabía de qué manera maravillosa quería Dios enviarnos su Hijo Unigénito. Miraba turbado, sin tino, la maternidad de María, y quiso repudiarla en secreto. Fácil es comprender la herida dolorosa que hubo de causar este pensamiento en el alma purísima de la Virgen.

3. Sigue el dolor del destierro en Navidad. La Sagrada Familia buscaba alojamiento, y encontró la crueldad de los hombres..., las paredes frías del establo de Belén..., en invierno..., por la noche...

4. Cuarenta días después del Nacimiento de Jesús hubo la profecía misteriosa del anciano Simeón. La Virgen presenta al Niño Jesús al templo. Y, entonces, Simeón dirige a María estas palabras

abrumadoras: *«Una espada traspasará tu alma»* (Lc 2, 35). ¡Qué presunciones más agobiantes debieron de despertar en el alma de María las palabras de Simeón! Si un puñal afilado traspasa la carne, si penetra profundamente en las fibras, es doloroso, ¿verdad? Pero si una palabra aguda hiere nuestras almas, y no solamente las hiere, sino que las «traspasa», ¡qué horroroso sufrimiento! Las palabras de Simeón produjeron en el alma de María el mismo efecto que la bala en la caza mayor. Si no la mata, sigue atormentándola. Hay palabras y acontecimientos —la madre que se despide, las palabras postreras del padre moribundo— que no puede el hombre olvidar en toda su vida. Palabras inolvidables fueron las de Simeón; vibraban de continuo en el corazón de María; cuando cuidaba de Jesús, cuando Le mecía, cuando Le arrullaba..., siempre sabía que Le educaba para el sufrimiento. «A ti misma una espada traspasará tu alma.»

Me imagino la casita de Nazaret: ¡con qué ojos, llenos de desvelos, de agobio, debió de mirar muchas veces la Madre Santísima al Niño, que iba creciendo! ¡Qué sentiría leyendo en el Antiguo Testamento u oyéndolo el día del sábado en la sinagoga, lo que había de sufrir el Mesías! ¡Cuánto le harían sufrir las profecías de Isaías y el salmo de David que describen al Mesías paciente: «Varón de dolores..., no es de aspecto bello, ni es esplendoroso...», «es gusano y no hombre», «el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe». «Se han contado sus huesos», «han taladrado sus manos y sus pies»..., ¡ah!, ¡qué puñal de dolor debía de traspasar en estas ocasiones el alma de la Virgen María!

5. Y, entretanto, hubo de sufrir todas las amarguras de la huida a Egipto y todas las privaciones de una vida en destierro.

6. Tuvo que perder por tres días a Jesús, cuando Éste llegó a los doce años, y hubo de buscarle con la mayor zozobra del corazón materno. Era como una especie de preparación para la gran despedida, para la gran pérdida, para el séptimo dolor, para la muerte de Cristo. Para estar realmente cerca de nosotros, hubo de saborear el supremo dolor: la pérdida de su Hijo.

7. Y éste fue el dolor supremo, el séptimo dolor de María.

Llegan noticias espantosas a los oídos de María tocante a su divino Hijo: Judas Le ha traicionado... Rudos soldados y una turba soez Le apresaron en el huerto... Pedro también renegó de El... El pueblo ingrato ruge: "¡Crucifícale! »... Latigazos, espinas... ¿Podemos hacernos una idea de lo que significaba para la Madre Dolorosa cada noticia que le llegaba? ¡Se coronó «Reina de mártires», fue mártir no derramando su sangre, sino por los atroces tormentos de su alma!

Cristo está condenado y carga su cruz a cuestas. Suenan los clarines. Pregoneros abren la marcha... Después, mozalbetes... Clavos, cuerda, martillo, escalera, jinetes... Al final va Cristo, cansado, deshecho, sangrando, con la pesada cruz sobre el hombro.

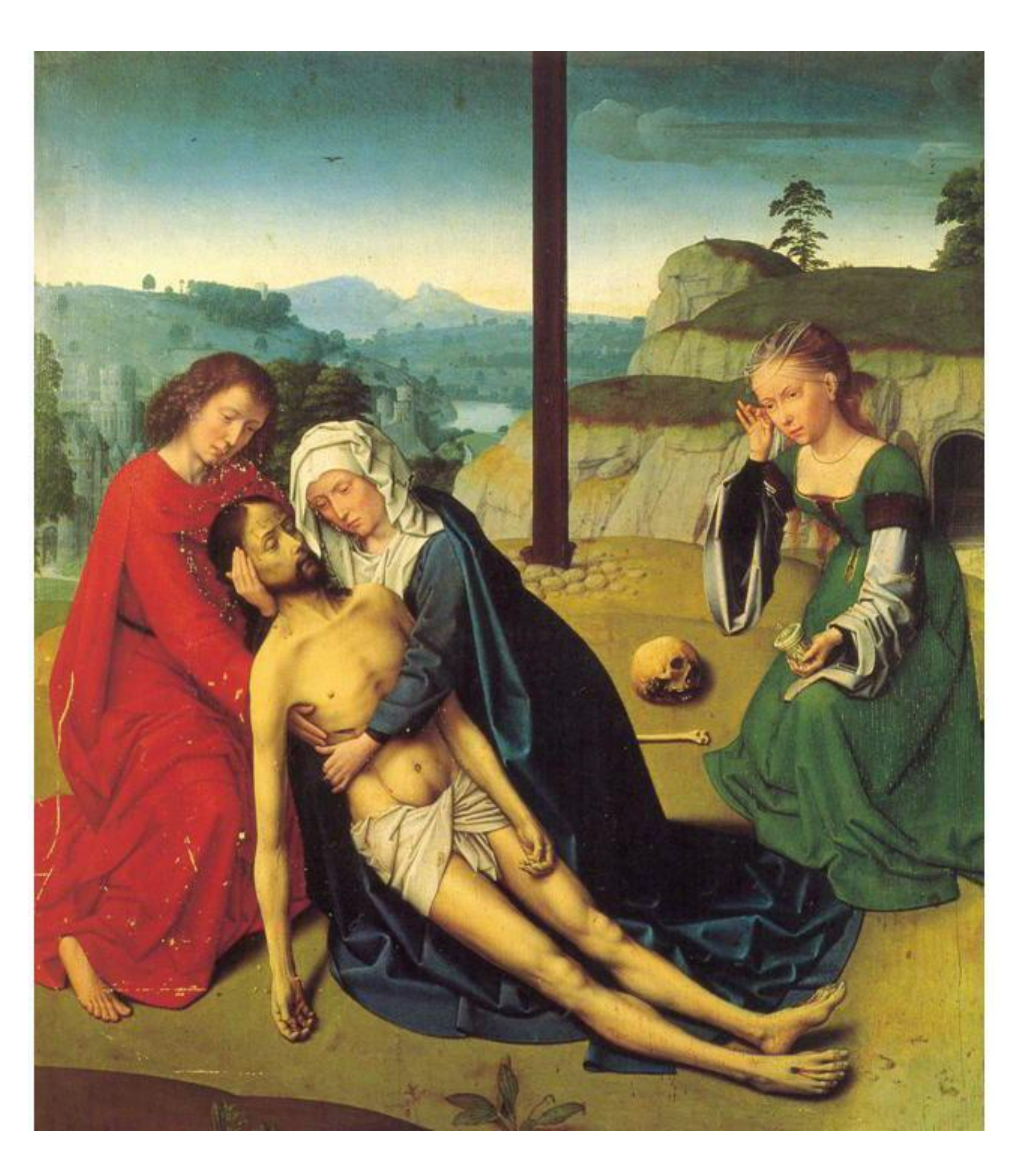
Y ahora, en una esquina... se desarrolla una escena que hiela la sangre. Si los enemigos de Cristo no hubiesen estado tan empedernidos, ellos mismos habrían tenido que conmoverse... Una parte de la misma turba se siente presa de un sentimiento humano, y abre paso, ¡allí está María! En vano quisieron detenerla almas compasivas. No pudo permanecer en casa: quiso ver una vez más a su Hijo.

Pero, ¡qué encuentro!: «Cuanto más grande es el amor, más grande es el dolor» —dice SAN AGUSTÍN.

¡Cuanto más grande es el amor! Pero ¿hubo en este mundo amor materno que pueda compararse, ni de lejos, al de María? ¿Quién conoció a Cristo como ella? Ella fue quien oyó del ángel que su Hijo sería llamado Hijo del Altísimo. Ella quien vio a los Magos del Oriente de rodillas ante El, rindiéndole homenaje. Durante treinta años no descubrió un solo defecto, una sola imperfección en El, sino amabilidad, sabiduría, bondad, amor. Y ahora ¿es este Hijo a quien llevan arrastrado a tanta ignominia?

Y sigue después la crucifixión, la muerte y la sepultura. En este punto la Virgen Santísima hubo de ver crecer sus méritos hasta el cielo... Su alma tuvo que subir entre las rocas del Gólgota, por el terrible árbol de la cruz, y repetir allí el «hágase tu voluntad». No es capaz la palabra humana de expresar lo que sufrió María al pie de la cruz; lo que sintió al morir Jesús, lo que sintió cuando

colocaron a su Hijo muerto en su regazo. Dice San Jerónimo que en el corazón de la Madre se abrieron tantas llagas cuantas había en el cuerpo del Hijo... La palabra humana no puede describirlo. Aquí sólo cabe repetir las palabras de la Sagrada Escritura: *«Grande es, como el mar, tu tribulación. ¿Quién podrá remediarte?»* (Lamentaciones 2, 13). Un día entonaste el «Magnificat»...; ¿qué dices ahora, Madre Dolorosa? Podrías decir como en el Antiguo Testamento dijo NOEMÍ: *«No me llaméis Noemí (esto es, graciosa), sino llamadme Mara (que significa amarga), porque el Todopoderoso me ha llenado de grande amargura»* (Rut 1, 20). *«¡Oh, vosotros cuantos pasáis por este camino!, atended y considerad si hay dolor como el dolor mío»* (Lamentaciones 1, 12).



II

LA MADRE DOLOROSA Y NUESTRO DOLOR

A) *El espíritu cristiano recurre con especial predilección a esta Madre Dolorosa, y la Iglesia católica fomenta su culto con especial piedad*. Los demás acontecimientos de la vida de María los celebramos con sendas fiestas; pero al Dolor de María le consagramos dos (Viernes de Dolores y 15 de septiembre) y, además, lo honramos también con el Rosario (en los misterios dolorosos), con el escapulario, con estatuas, retablos, cánticos.

El pincel de los artistas representó a la Virgen María en formas a cuál más bella, y si bien todas están cerca de nosotros, ninguna lo está tanto como la de María en sus dolores. Está cerca de nosotros la imagen de la «Madonna», que representa a la Madre Gozosa; la imagen de la Inmaculada, que representa a la siempre Pura; la imagen de la Virgen Gloriosa, que representa a la Reina triunfante de los cielos; pero ninguna es tan humana, ninguna se apodera con tal fuerza de nosotros, ninguna está tan cerca de nuestro corazón como la imagen de la Madre Dolorosa.

¿A quién puede sorprender? Recordemos los lejanos años de la niñez; ¿cuál es el recuerdo más vivo que guardamos de nuestra madre? ¿Cuándo y en qué circunstancia nos impresionó más? ¿Nos conmovió, acaso más que todos los otros, el momento en que gozosa nos animaba a dar los primeros pasos? ¿Se destacan, acaso, las canciones de cuna que nos canturreaba? ¿O sus abrazos, cuando nos estrechaba contra su pecho después de una larga ausencia? ¿Es el rostro gozoso de la madre lo que recordamos con más íntimo sentimiento?

No. Sino aquella mirada con que se inclinaba, preocupada, sobre nuestro lecho en las noches de fiebre, pasadas en insomnio y llorando por nosotros, y aún más aquella tristeza que le causaba un defecto nuestro o alguna maldad y llorando por culpa nuestra. Hermosa y tierna es la imagen de la madre que se goza con su hijo; hermosa y tierna es la imagen de la madre que cuida de su hijo y teme por él; pero más hermosa y tierna es la imagen de la madre que sufre por su hijo. Por esto la más conmovedora de

todas las imágenes marianas es la de la Madre Dolorosa, porque todos los dolores de María fueron por su divino Hijo. Si los hijos sucumben a la desgracia, se refugian cerca de su madre. Así también nosotros en nuestras desgracias buscamos el refugio junto a la madre de todos, la Virgen María.

B) Tratemos de analizar psicológicamente aquella fuerza misteriosa que hace ya dos milenarios emana sin interrupción del santo rostro de la Madre Dolorosa y caldea el alma de los afligidos. *¿En qué consiste esta fuerza consoladora?*

a) En primer lugar, debe señalarse *la grandeza del dolor* que sintió la Virgen. El dolor grande mitiga el pequeño; al entrar en contacto con el dolor de los demás, olvidamos nuestros pequeños males, Y cuando tropezamos, luchamos, nos agobiamos nosotros, hombres mezquinos, entonces nos explayamos ante la Madre Dolorosa y le mostramos nuestros pequeños o grandes pesares cotidianos, nuestras desilusiones, nuestras amarguras, y como avergonzados sentimos qué cosa más baladí es todo lo nuestro si se compara con el mar de amargura de sus dolores. ¿Y decimos que no podemos más? ¿Y estamos desesperados? ¿Somos nosotros los que nos quejamos diciendo que no es posible aguantar más la vida? En cambio, ¡cómo calla María!, ¡cómo sufre sin proferir una palabra de queja!, ¡con qué confianza mira al cielo, al Padre celestial!

b) Pero la mirada de la Madre Dolorosa mitiga nuestros sufrimientos no solamente por el hecho de haber sufrido también ella, sino que los mitiga mucho más aún por la manera como soportó sus dolores.

No fue la Virgen María quien nos redimió, sino su santo Hijo, el cual ofreció por nosotros en el árbol de la cruz el sacrificio cruento. Pero así como ahora el sacerdote, que celebra el santo sacrificio de la misa, tiene junto a sí al diácono que le ayuda, así también el Redentor que ofrecía el sacrificio tuvo a su Madre Dolorosa al pie de la cruz, y la Madre Le servía de diácono.

Hay algunas imágenes que representan a María desmayada en el Calvario. Esto es falso. *«Stabat mater»*, la Madre Dolorosa estaba de pie. No se desmayó ni en el encuentro por el camino del Gólgota ni al pie de la cruz. Sollozaba, sufría, cubierta estaba de luto su alma; pero no de un modo pagano. No maldecía a los perseguidores de su Hijo, no perdió el dominio de sí misma, a pesar de verse sumida en un mar alborotado de sufrimientos.

¿Qué cosa le comunicaba esa fuerza? Su fe. Únicamente su fe. Sabía que la Pasión del Hijo había de obrar la salvación eterna de los hombres. «Hágase en mí según tu palabra» —repetía entonces una y otra vez; y al hacer por nosotros el sacrificio inmenso de colocar en el altar de la cruz a su propio Hijo, entonces se trocó en diácono del Cristo Redentor.

Así como el dolor fue lo que hizo a María definitivamente digna de su divino Hijo, así es también el dolor lo que a El nos acerca. Mostrar fervor y orar cuando no hay dificultad... es cosa loable; pero la prueba de la verdadera fe es ésta: perseverar contra viento y marea. ¿Quieres que una corona ciña tus sienes en el cielo? Entonces no temas, aunque un puñal atraviese tu corazón en la tierra. ¿Sabes en qué consiste la grandeza espiritual? En perseverar y hasta besar la mano del Señor cuando El nos visita, cuando nos pone a prueba, cuando nos abate, cuando al parecer nos abandona. Dios no hizo excepción a la ley del dolor ni siquiera tratándose de la Madre de Jesús...; ¿por qué habría de hacerla conmigo?

c) Además, la fuerza consoladora del culto de la Madre Dolorosa se manifiesta también en el hecho de que ella conduce las almas, que atribuladas la invocan, a su Hijo divino, a Jesucristo. Casi podríamos decir que coge nuestras llagas con sus manos maternales y las baña en la sangre de Cristo, que todo lo cura, para que así, por nuestras penas, participemos no solamente de los sufrimientos de Cristo, sino también de su gloria. Como si ella nos dirigiese también las palabras escritas por SAN PEDRO: &*«Habiendo, pues, Cristo padecido en su carne, armaos también*

vosotros de esta consideración, y es que quien modificó la carne, acabado ha de pecar» (I Pedro 4, 1).

Así junto a la Madre Dolorosa encuentra dulce consuelo aun el alma que sufre a torrentes. Aun los que perdieron al ser más querido, sienten que bajo la mirada consoladora de la Madre Dolorosa se calma el espasmo de dolor en su corazón, y experimenta refrigerio la llaga sangrante del alma, y aun aquellos que fueron golpeados, sacudidos, zarandeados por el puño de hierro de la vida, se levantan también animados ante la imagen de la que supo estar de pie al agonizar su divino Hijo en la cruz, y supo mantenerse firme al recibir en su regazo el cadáver ensangrentado de su Hijo.

Los que visitan la Basílica de San Pedro en Roma no dejan de contemplar una de las más hermosas obras del incomparable artista MIGUEL ANGEL, la «Pietá». ¿Qué significa esta palabra: «Pietá»? «Imagen que mueve a compasión.» Pues bien; esa estatua mueve realmente a compasión aun los corazones más empedernidos. La Madre Dolorosa está sentada, con expresión profunda de reconcentración; cae su vestido en amplios pliegues, e inclinando un poco la cabeza hacia la derecha, contempla..., contempla el cadáver de su Hijo. Con el brazo derecho lo sostiene, el brazo izquierdo está como caído y la mano abierta nos habla en su mudez con un gesto emocionante y doloroso, a todos los atribulados que nos detenemos ante la estatua: *«Atended y considerad si hay dolor como el dolor mío»* (Lamentaciones 1, 2).

* * *

Grande es el dolor de la Virgen Madre..., y, con todo, su alma no se quebranta. Y aquí es precisamente donde el sentir del cristianismo y el del paganismo están opuestos. Los paganos también hubieron de plantear el problema del dolor; también su filosofía la quiso explicar de un modo u otro, pues desde que hay hombres en la tierra, también hay dolor; pero ved cómo en este punto se manifiesta, quizá mejor que en ningún otro, la impotencia de la filosofía pagana. También el arte pagano quiso crear su «madre dolorosa», Niobe.

En cierta ocasión, Niobe, al ver a sus hijos extraordinariamente bellos, fue presa de orgullo hasta el punto de mofarse de los mismos dioses. Los dioses, ofendidos, mataron, vengativos, a los hijos, y Niobe, presa de dolor espantoso, se trocó en piedra. He ahí la enorme diferencia que hay entre Niobe y la Madre Dolorosa. También Niobe perdió sus hijos; perdió el suyo la Virgen María. Pero el paganismo no tenía una palabra que decir al dolor, y por esto Niobe se trocó en piedra de pura tristeza, por no encontrar consuelo; María perdió a su Hijo; ella también suspira, diciendo: «Grande es como el mar mi tribulación» (Lament 2, 13); pero no se abate, no se rompe, no se petrifica, porque —mirad el rostro de la Pietá— tras los rasgos del dolor se lee la respuesta de la conformidad completa con la voluntad de Dios: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.»*

¡Tan benditas y consoladoras fuerzas encontramos en la Madre Dolorosa! El que medita las profundidades de su culto, no caerá en el error de afirmar que no es éste más que puro sentimentalismo, bueno a lo más para los niños y las mujeres. De ninguna manera. Los hombres que sostienen la ruda pelea de la vida pueden sacar fuerzas de este culto. Las saca el joven que lucha por la pureza, cuando, en medio de una refriega dura y un combate al parecer sin esperanza, busca refugio a los pies de la Madre Dolorosa y siente que la mirada de la misma sofoca la voz exigente de los instintos; las saca el hombre maduro que aprende de la Madre Dolorosa a regar sus propios dolores paganos con la sangre de Cristo y a soportarlos y santificarlos con el propósito firme de cumplir la voluntad de Dios, en vez de levantar los puños crispados con aire de rebeldía. Precisamente por ello, mientras haya enfermedades, desgracias, dolores, sufrimientos en la tierra, es decir, mientras vivan hombres en ella, será el culto de la Madre Dolorosa una de las más abundantes fuentes de consuelo y de paz.

Como yedra nos asimos a la columna inconmovible de la Madre Dolorosa en medio de los huracanes de la vida. Ella tiene un corazón materno y oye nuestras súplicas: «Madre de misericordia, ruega por nosotros.» «Salud de los enfermos, ruega por nosotros.» A ella suspiramos en este valle de lágrimas para que vuelva hacia nosotros sus ojos misericordiosos, ya que estarnos inscritos en su corazón con el dolor del Viernes Santo. Confiados acudimos a ella

en todas las tribulaciones y le suplicamos que nos asista sobre todo en el postrer y decisivo momento, cuando ya no podamos rezar el Ave como de costumbre: «Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte», sino cuando la «y» quedará cortada y tendremos que decir : «Madre Dolorosa, ha llegado el momento para el cual he implorado durante toda la vida tu auxilio; ruega por nosotros ahora..., ahora : en la hora de nuestra muerte.»

* * *

Por las costas del mar del Norte se cuenta una historia conmovedora, referente a la esposa de un marinero.

El mar del Norte es salvaje, alborotado, tempestuoso, y el huracán que lo azota se traga no pocas veces, sin dejar huella, a los marineros que se atreven a navegar por aquellas aguas. El marido y los hijos de aquella mujer habían salido a alta mar ya hacía varios días, y no encontraban el camino de vuelta. Llegaba la noche oscura..., y no se veían ninguna luz en parte alguna que les orientase. La pobre mujer se estaba allí en la orilla y esperaba espantada... ; ¿Y qué se le ocurrió, por fin, como último remedio? Pegó fuego a la propia casita, a su única fortuna..., y allí estaba junto a la hoguera, llena de esperanza..., hasta que los pescadores extraviados, gracias a la luz de aquellas llamas, pudieron volver a casa.

La Virgen María también ha sacrificado lo que más quería por todos nosotros… al pie de la cruz ésta, junto a su divino Hijo clavado en la Cruz...; allí está y ora por nosotros, para que, a la luz del gran sacrificio, todos podamos encontrar el camino de vuelta a casa... a casa..., al reino bendito de su divino Hijo.

CAPÍTULO IX

DEVOCIÓN DE ESPAÑA A MARÍA

Para encomiar la veneración y amor que España profesa a María, basta recordar algunos párrafos de JUAN VÁZQUEZ DE MELLA:

«La Cristología y la Mariología forman una unidad que la historia de la Teología demuestra que no se puede separar y que tiene que ser afirmada o negada totalmente.

El tipo de la Virgen es de una grandeza tal, que excede a todas las ideas más altas de los hombres.

Hija, esposa, madre, virgen, todo a un tiempo y en una sola unidad, es el ideal realizado de una belleza sobrenatural que toscamente los artistas de la primera época de la Edad Media querían representar en la imagen de Santa Ana teniendo en su regazo a la Virgen, que tenía en el suyo al Niño Dios.

Turbada y humilde en la salutación angélica; transportada de gozo en el *Magnificat*; atravesada con todas las espadas del dolor en el *Stabat Mater Dolorosa*, bajo todas las formas y advocaciones ha rendido la admiración de los hombres, pues hasta el mahometismo, la religión de la impureza, ha proclamado en el Corán su virginidad y su Concepción Inmaculada, y ningún verdadero poeta ha pasado delante de su altar sin saludarla con una vibración de su lira y de su alma.

Hay una palabra que es la primera que se pronuncia: Madre. Sólo los que la han conocido y la han perdido después de vivir y crecer bajo el impulso de su amor, pueden comprender todo lo que ese nombre encierra.

El despertar de la niñez y las primeras oraciones puestas con los primeros besos en los labios; las horas doradas de la adolescencia que no volverán; las inquietudes, las ilusiones, las esperanzas y también los desengaños que las marchitan; las congojas y las alegrías, todo se enlaza a la que nos comunicó la

savia del cuerpo y del alma; y por eso, cuando la perdemos, nos acompaña como una sombra invisible, dejándonos un recuerdo fúnebre que los años no borran en la memoria y una espina siempre clavada en el corazón.

¡La orfandad! ¿Qué religión y filosofía han pensado en aliviarla y en suprimirla sustituyendo la madre muerta con una que no muere nunca?

Sólo una religión divina podía hacerlo, y la Iglesia nos la muestra en la Virgen, no como un símbolo, sino como una realidad, como la realidad que invocan en las horas de angustia nuestras madres, y de la que todos guardamos testimonio, porque es ella la que, en momentos supremos, cuando el corazón es arrastrado por las aguas negras del dolor, parece que se inclina hacia nosotros y nos alarga su manto para que, asidos a él, nos salvemos del naufragio.

Por eso el culto a la Virgen acompaña a la sociedad cristiana desde sus orígenes. El protestantismo, al alzarse contra la Iglesia, se alzó contra la Virgen, y, fabricándose una historia para justificar sus negaciones, llegó a decir que no hubo imágenes que probasen el culto a la Virgen hasta después del Concilio de Éfeso. Y los muros de las Catacumbas, que se han derrumbado sobre las negaciones protestantes, contestaron con magníficos descubrimientos arqueológicos, como el de las Catacumbas de Santa Priscila, donde aparecen múltiples imágenes de la Virgen, y precisamente una de las escenas es la salutación angélica, y otra el vaticinio de Isaías, de tal perfección, contrastado con la pobreza de otras pinturas, que se ha llegado a decir que si se hubiesen descubierto en el siglo XVI, pudiera haberse creído que servían de inspiración a Rafael, ¡y son del primer siglo y contemporáneas de San Juan!

La historia de España está de tal manera unida al culto de la Virgen, que sin él no se concibe. En el décimo Concilio de Toledo ya se regulan sus festividades que se venían celebrando, y, cuando la nacionalidad empieza, todas las lenguas la cantan como la alondra de la aurora. La de Castilla puede decirse que empieza con la *Vida de Santa María Egipcíaca*; la catalana, con el *Desconsuelo*, de Raimundo Lulio, y la gallega, con las *Cantigas*, de Alfonso el Sabio.

Y cuando toda la Península se estremece con las terribles invasiones de Almanzor, que amenazan reducir la Reconquista a las grutas y las montañas de donde salieron los primeros guerreros; cuando los normandos siembran el espanto en las costas, y la monarquía naciente vacila en el siglo milenario, un Obispo compostelano, San Pedro de Mezonzo, como un quejido de angustia, pero también de esperanza y de amor, que sale del alma española, forma la Salve, que después rezará la Cristiandad entera.

Y en el siglo XIII, cuando todos los esfuerzos se agotaban en la lucha contra los albigenses, Santo Domingo de Guzmán, como supremo precursor, por inspiración de lo Alto, instituye el *Rosario*. Y bien puede decirse que toda la Reconquista no es más que la marcha triunfal de España a través de un río de sangre y de una selva de laureles, cuyas ramas van separando con su espada los cruzados para abrir paso a la Virgen, que los protege con su manto y lo tiende sobre ellos como un dosel de gloria; y por eso dan su nombre a la carabela de Colón y a la prodigiosa de Magallanes, la primera que dio la vuelta a la tierra.

Y a la historia común corresponde la particular de las regiones, que parece que se agrupan ante un altar de la Virgen para recibir el calor y la protección de la madre.

Sevilla, con los esplendores de su cielo y la gallardía de su Giralda, y las vegas perfumadas que riega el Guadalquivir, se abre como una rosa para exhalar el aroma de su alegría ante la imagen de la *Macarena*; Granada ofrece sus maravillosos cármenes a la *Virgen de las Angustias*, como si quisiera endulzar su amargura; en Murcia, la *Virgen de la Fuensanta* reina sobre las fiestas, los cantos y los hogares de la muchedumbre campesina; en Valencia, la *Virgen de los Desamparados* parece una pasionaria ante la que se inclinan amorosamente todas las flores de su huerta; en Cataluña, sobre las rocas que parecen las columnas de un templo ciclópeo quebrantadas por un terremoto, se levanta la *Virgen de Montserrat*, más alta que las chimeneas de las fábricas, que asemejan con las nubes de su humo sus incensarios; en Navarra, una raza más fuerte que el granito y el roble de sus montañas se postra ferviente y rendida ante la *Virgen de Puy y del Camino*; en Vizcaya, por encima del árbol milenario de sus libertades, la *Virgen de Begoña*

preside el trabajo fecundo de sus hijos; en Asturias, en una grieta del Auseva, la *Virgen de Covadonga*, la Virgen de las batallas, la primera que vieron mis ojos, señala, en el hilo de agua que brota a sus pies y se filtra en el musgo de las rocas, el torrente que se convertirá en río de sangre que atravesará la Península y penetrará en el mar señalando el camino que recorrerán los audaces aventureros para dominar el planeta; en Galicia, en la incomparable Catedral Compostelana, frente al *Pórtico de la Gloria*, el arco de triunfo levantado por la Fe y el Genio a los Cruzados de Las Navas, los versos de Rosalía de Castro parecen caer sobre la *Virgen de la Soledad*, como gotas de llanto con que la piedad popular quiere regar las heridas que producen en su corazón las espadas del dolor; en Extremadura, la *Virgen de Guadalupe*, a cuyos pies fue a descansar como un león fatigado el gran Emperador, señala, con el esplendor y decadencia de su culto, la grandeza y la postración de su pueblo; en León, *Santa María*, donde Alfonso VII quiere poner como un exvoto su espada y el manto imperial, que intenta extender sobre los demás Estados; en Castilla, la Virgen que llevan en el arzón de su caballo el Cid Campeador y San Fernando, y las múltiples imágenes de la *Virgen del Carmen*, que parece encontrar su pedestal más apropiado en el corazón de Santa Teresa; y, finalmente, en Aragón, en las márgenes del río que da nombre a toda la Península, se levanta la Virgen cuyo *Pilar* indica una tradición que sube hasta la edad gótica y los últimos tiempos de Roma y llega a la edad apostólica como un cimiento de España. Porque la Virgen, con sus distintas advocaciones, coronada de estrellas o atravesada por espadas dolorosas o triunfante, reúne con su culto los amores de esta Patria, que creció bajo su manto, desde el Auseva, al empezar la gran Cruzada occidental, hasta terminarla invocando su nombre en la última de las Cruzadas en Lepanto.»

(Fragmento del discurso pronunciado en el Teatro de las Damas Catequistas el 7 de mayo de 1922).

Y ¿qué decir de la devoción de la América Española a la Santísima Madre? Los santuarios de Guadalupe, de los Remedios, de Ocotlán, de San Juan de los Lagos, en Méjico; de la Caridad del Cobre, en Cuba; de Altagracia, en Haití; de Chiquinquirá, en

Colombia; del Rosario, en Perú; de Andacollo, en Chile; de Luján, en Argentina —y solamente nombramos unos pocos—, son pruebas fehacientes de la tierna devoción con que los católicos hispanoamericanos honran a la Santísima Señora y del solícito cuidado con que han sabido conservar esa devoción, aprendida de labios de los primeros misioneros españoles.

CAPÍTULO X

LOS DOGMAS MARIANOS

BREVE RESEÑA

POR

NICOLAS MARIN NEGUERUELA

La Maternidad divina de María, su perpetua virginidad, su Concepción Inmaculada y su Asunción gloriosa al cielo son los cuatro dogmas de la fe católica que miran a la celestial Madre. Explayemos ligeramente una reseña histórica de los dos primeros. Nos detendremos más despacio en el tercero y cuarto.

1. LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA.

Toda la antigüedad cristiana confesó que María es Madre de Dios. Al impugnar Nestorio, Patriarca de Constantinopla, en el siglo V, esta creencia universal de la Iglesia, poníase de frente a la tradición cristiana de los siglos precedentes. El mismo Orígenes no titubeó en llamar a María *Theotokos*, Madre de Dios, que llevó en su seno al Hijo de Dios y dio a luz al Emmanuel. Juliano el Apóstata hacía capítulo de acusación a los cristianos el que no cesaban de llamar a María Madre de Dios.

Con el aplauso de los fieles y aprobación del Papa San Celestino I definió el Concilio Ecuménico reunido en Éfeso en 431: «Si alguien no confiesa que Dios es verdaderamente Emmanuel y, por tanto, que la Santa Virgen en su Madre, sea anatema.»

Quedaba así vengado el honor de María, satisfecha la devoción de los fieles que aguardaban la definición y condenado el heresiarca que había osado poner su lengua en María. Desterrado

por el Emperador al desierto de Arabia, allí, según una leyenda, la gangrena le corroyó la lengua, que se le caía a pedazos por la boca.

De este dogma se desprende la dignidad inmensa de María, que está por cima de toda gloria creada. No vaciló en escribir SANTO TOMÁS DE AQUINO: «La bienaventurada Virgen, por el hecho de ser Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita, derivada del bien infinito, que es Dios.» (*Summ. Theol.*, I, q. 25 a. 6 ad 4.)

La Maternidad divina de María es la raíz y fuente de todos sus privilegios y gracias. Concluyamos con CORNELIO A LÁPIDE: «La bienaventurada Virgen es Madre de Dios; luego aventaja en excelencia a todos los ángeles, aun a los mismos serafines y querubines.

»Es Madre de Dios; luego es purísima y santísima, de arte que no puede concebirse, después de Dios, mayor pureza.

»Es Madre de Dios; luego cuantas gracias santificantes fueron concedidas a todos y cada uno de los Santos, las obtiene antes que ellos María.» (*In Matth*., I, 16.)

En Roma, la Iglesia de Santa María la Mayor, ampliada y embellecida con su arco de triunfo por el Papa Sixto III, recuerda la definición dogmática de Éfeso. El artesonado está dorado con el primer oro traído por Colón de América a España y ofrecido por nuestros Reyes Católicos, Fernando e Isabel, para el decorado de la Basílica. Los Reyes de España, desde Felipe IV, tienen derecho a una silla del coro canonical de la misma basílica, privilegio confirmado por la bula *Hispaniarum fidelitas* de Pío XII de 5 de agosto de 1953 y por el reciente Concordato entre la Santa Sede y el Estado español, de 28 de agosto de 1953.

II. VIRGINIDAD PERPETUA DE MARÍA.

Contra los desplantes groseros de los herejes apolinaristas, de Helvidio, Joviniano y algunos judíos que negaban la virginidad de María, esgrimieron su pluma San Jerónimo y, entre nosotros, San Ildefonso de Toledo, en defensa de ese privilegio tan querido a la Virgen Madre. Más tarde, el Concilio particular Lateranense, tenido por el Papa San Martín I en 649, y después reconocido también por

San Agatón, definió: «Si alguno no confiesa propia y verdaderamente que la Santa Madre de Dios y siempre Virgen Inmaculada, María, concibió del Espíritu Santo y sin obra de varón al mismo Verbo de Dios especial y verazmente, y que lo engendró incorruptiblemente, permaneciendo indisoluble, después del parto, su virginidad, sea condenado.»

Que María permaneció virgen después por toda la vida es una verdad de fe, confirmada por el magisterio ordinario y universal de la Iglesia. Negar esta verdad es para SAN AMBROSIO tan grande sacrilegio («Tantum sacrilegium»); que es preferible pasarlo en silencio. «¿Quién ha existido en cualquier tiempo que, al nombrar a María, no añada al momento: la VIRGEN?» —escribe SAN EPIFANIO—. (*Enchiridion*, JOURNEL, núm. 1.111.) Todos los símbolos confiesan la misma verdad.

III. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

El 8 de diciembre de 1854 definía solemnemente el Papa Pío IX: «La doctrina que afirma que la Beatísima Virgen María, en el primer instante de su Concepción, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, por singular gracia y privilegio de Dios, en atención a los méritos de. Jesucristo, Salvador del género humano, es revelada por Dios, y, por ende, todos los fieles la han de creer firme y constantemente.» (Bula *Ineffabilis Deus*, 8 diciembre, 1854.)

¡Qué día más grande y glorioso para María! Los 54 Cardenales, 42 Arzobispos y 98 Obispos que rodeaban al Papa, la muchedumbre de fieles que, en número de 50.000, llenaban las naves de San Pedro, los católicos del mundo entero, que aguardaban ansiosos esta definición, cayeron a las plantas de la celestial Señora y brotó de todos los labios esta unánime plegaria: «Toda hermosa eres, oh María, y en ti no hay mancha original.»

España, que siempre defendió este dogma mariano, aun antes de su definición, que en sus Universidades exigía a sus graduandos el voto sangriento, es decir, que defenderían este privilegio de María aun a costa de su sangre, si fuera necesario;

cuya capital, el 20 de abril de 1438, por voz de sus dos Cabildos, eclesiástico y civil, votaba defender la Inmaculada Concepción, ayunando en su vigilia, celebrando su fiesta y paseándola ese día en solemne procesión; que por devoción de sus Reyes y pueblos se había puesto bajo el patronato de la Concepción Inmaculada, Patrona de España y de sus Indias, patronato confirmado por el Papa Clemente XIII, vio cumplidos sus anhelos.

San Antonio María Claret, entonces Arzobispo de Santiago de Cuba, que antes habíase dirigido a sus diocesanos pidiendo oraciones para alcanzar del cielo la pronta definición de este dogma, al recibirla Bula pontificia la abrazó contra su pecho, la regó con sus lágrimas y la anunció a sus fieles diocesanos en una pastoral llena de fervor mariano. Al terminar de escribirla oyó la voz maternal de María, que le decía: *Bene scripsisti*, bien has escrito.

El Papa Pío IX, consultado sobre el sitio de Roma en que se había de emplazar el monumento a la Inmaculada, contestó al momento: «En la plaza de España.» España lo merecía y el Santo Padre reconocía así los méritos de nuestra patria en la defensa de la Inmaculada Concepción de María.

* * *

Esperaba el Papa Pío IX grandes frutos de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María. Y que no salieron fallidas las esperanzas de aquel Pontífice lo recordó el Beato Pío X en la encíclica *Ad diem illum*, que conmemoraba el cincuentenario de aquella definición.

1.° El positivismo de Comte, que se proclamaba agnóstico respecto de Dios; el cientificismo de Renán, que pretendía suplantar la religión por la ciencia; el racionalismo de Froschammer, que negaba todo sobrenaturalismo; el materialismo de Vogt y Buechner, que sólo admitía como real la materia y reducía la virtud, la abnegación, el heroísmo y demás valores espirituales a meras secreciones del cerebro, recibieron con la definición dogmática el golpe mortal. Vivirán todavía algunos años como el monstruo que, herido, se desangra; pero... morirán, y algunos yacen ya sepultados.

¡María Inmaculada en el primer momento de su existencia! Luego en nosotros hay algo que no es materia, que está sobre ella, que eleva al hombre: es el espíritu. Ayudado de la gracia divina puede triunfar el hombre de la materia y escalar las alturas de la santidad.

2.° Hízose más visible y estrecha la unión de los fieles con su Pastor supremo, del Episcopado con su cabeza y jefe, el Vicario de Jesucristo. «Los Obispos —escribe un historiador contemporáneo—, al volver de Roma, venían poseídos de nueva adhesión a la Santa Sede, que esparcían como suave aroma sobre cuantos los oían.» (AGUILAR: Compendio de Historia Eclesiástica general, tomo II, número 1.689. Madrid, 1877.)

En 18 de julio de 1870 fueron definidos los dogmas del Primado de jurisdicción por derecho divino del Papa sobre Obispos y fieles, y de su infalibilidad, cuando enseña, *ex cathedra*, doctrinas de fe o de costumbres. Así se derrumbaban, heridos de muerte, el Galicanismo y el Febronianismo, que, amparados en su origen el primero por Luis XIV de Francia y el segundo por José II de Alemania, pretendían poner trabas a la acción del Soberano Pontífice y habían arraigado en el clero de Francia y Alemania.

3.° La definición dogmática prendió en todos los pechos llamaradas inmensas de amor a María. Florecieron miles de asociaciones, cofradías, institutos y congregaciones religiosas que se ponían bajo el patrocinio de María Inmaculada. Las Hijas de María, las Congregaciones Marianas, los Meses de Mayo y Octubre, destinados a cantar las excelencias de la Señora y de su bendito Rosario, tomaron tal incremento cual nunca se había presenciado en la historia de la Iglesia. Lo reconocía así un escritor protestante: «La definición del dogma de la Inmaculada Concepción es sublime en sí y tuvo el inmediato efecto de reforzar las filas de los católicos romanos, añadiendo finos y vivos fervores a la devoción.» (Citado por AGUILAR, 1. c.)

El Año jubilar de 1904 es su más claro y mejor testimonio, como asimismo los Congresos Marianos internacionales de Roma, Tréveris, Lourdes y Zaragoza.

* * *

Al conmemorarse el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, publica el Santo Padre Pío XII la encíclica *Fulgens Corona*, decretando la celebración del Año Mariano.

«Nada más dulce ni más grato que honrar, venerar, invocar predicar con fervor y afecto por doquiera a la Virgen Madre de Dios, concebida sin pecado original», escribía Pío IX al fin de la bula *Ineffabilis Deus*, en que definía el dogma de la Inmaculada, y repite Pío XII al anunciar el centenario de esa definición.

* * *

¿Fin del Año Mariano? Lo expresan las palabras del Santo Padre: «Que se aumente la fe del pueblo cristiano, que se excite más cada día el amor a la Virgen Madre de Dios, que de ahí tomemos todos ocasión para seguir gozosa y prontamente las huellas de la Madre celestial.»

¿Peticiones? «Pidan —añade el Papa— en sus súplicas a la Madre de Dios pan para los hambrientos, justicia para los oprimidos, la patria para los desterrados, cobijo acogedor para los que carecen de casa, la debida libertad para cuantos han sido injustamente arrojados a la cárcel o a los campos de concentración; el tan deseado regreso a la patria para quienes, después de pasados tantos años desde el final de la última guerra, están todavía prisioneros y gimen y suspiran ocultamente; la alegría de la refulgente luz para los ciegos en el cuerpo y en el alma, y para los divididos entre sí por odios, envidias y discordias, la caridad fraterna, la concordia de los ánimos y la tranquilidad fecunda que se apoya en la verdad, la justicia y la mutua unión... Para la Iglesia Católica, que disfrute en todas partes de la libertad que le es debida.»

IV. LA ASUNCIÓN GLORIOSA DE MARÍA EN CUERPO Y ALMA, AL CIELO

El cuarto dogma mariano es el de la Asunción gloriosa de la Santísima Virgen, en cuerpo y alma, al cielo.

Y en la preparación de la definición dogmática cabe a España un lugar privilegiado entre todos los pueblos. El fervor asuncionista vibró singularmente en el alma española.

«Para confirmarlo —ha escrito el Padre Franciscano BALIC (*Congreso Franciscano de Madrid*, 1947, págs. 245, 246)—, basta recordar que de 68 catedrales españolas, 46 están dedicadas a la Virgen, y de ellas 36 al misterio de su gloriosa Asunción, basta recordar también que entre los siglos XIII y XIV la mayor parte de las iglesias parroquiales fueron dedicadas en España a ese mismo inefable misterio.

»Entre los promotores más ardientes de la devoción a Nuestra Señora en el medievo brillan, con luz especial, los tres grandes reyes: Alfonso el Batallador, del que se dice que dedicó como 3.000 iglesias a la Virgen bendita, de ordinario bajo el misterio de su Asunción; Jaime el Conquistador, que erigió unas 2.000, y Fernando el Santo, acérrimo amante de María, que levantó casi otras tantas, dedicándolas generalmente al Misterio asuncionista que corona toda su vida.»

El tesoro literario que encierran los códices de nuestras catedrales en sus bibliotecas es espléndido en sumo grado. «A nuestra cuenta —escribe BAYERRI—, convencidos de que no exageramos, pasan de 280 los sermonarios, datados entre los siglos X y XV, conservados en las catedrales de España, en los que se insertan cumplidos sermones ponderativos de la Asunción de la Virgen.» (*Estudios Marianos*, VI, página 394.)

Contestando al Papa Pío IX, que escribiera a los Obispos pidiendo su informe sobre la conveniencia de definir como dogma la Inmaculada Concepción de María, el Obispo de Osma, Fray José Sánchez, y el Arzobispo de Malinas, Engelberto Sterks, junto con sus respuestas sobre la Inmaculada Concepción, elevaron también, en 1849, sendos fervorosos y razonados votos en favor de la Asunción.

Más tarde, en 1863, la petición de la reina doña Isabel II al Papa Pío IX, marca de una manera eficiente el comienzo del movimiento avasallador que había de terminar el 1.° de noviembre de 1950 con la definición dogmática, proclamada por el Papa reinante. El voto de la Reina iba acompañado de la más entusiasta recomendación de su confesor, San Antonio María Claret. Este, además, en su libro *Apuntes de un plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, añadía: «Parece que la Divina Providencia ha dispuesto, que cosas más honoríficas para María sean empezadas por los Reyes y después continuadas por los demás fieles del orbe.

»Las primeras diligencias para la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción d María fueron empezadas por el Rey Felipe III, a instancias del señor Arzobispo don Pedro de Castro. Ahora, para declarar el segundo misterio, que es la Asunción de de María Santísima en cuerpo y alma a los cielos, también se ha valido de una Reina de España, de la ínclita doña Isabel II de Borbón, como se puede ver en la carta que pongo a continuación, que escribió al Sumo Pontífice Pío IX, con fecha 27 de diciembre de 1863, y en la contestación que la dio el mismo Papa por los días 3 de febrero de 1864; por manera que siempre será verdad que los Reyes Católicos don Felipe III y doña Isabel II han sido los primeros que han proveído en que se declaren como dogma de fe esos títulos y misterios que tanto honran a María, y que, a la vez, tanto honor es para los Reyes de España y sus vasallos el haber tenido la dicha de ser los primeros en tan honoríficos trabajos; y es de esperar que, así como se ha conseguido el primero, se obtendrá el segundo, como lo insinúa el mismo Santo Pontífice en su contestación.»

Durante el Concilio Vaticano, entre cuyos Padres resaltaba orlada con las señales del martirio la figura venerable de San Antonio María Claret, él fue, seguramente, el alma de los afanes desplegados por el Episcopado español e hispanoamericano para conseguir por aclamación la definición de este misterio, señalándose en esta campaña el entonces Obispo de Jaén y después Cardenal Monescillo, y el Obispo de la Concepción de Chile, Hipólito Salas.

* * *

El movimiento asuncionista durante un siglo, 1849 a 1940, contó, en conjunto, 2.505 peticiones de Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, es decir, cerca de las tres cuartas partes de las sedes de la Iglesia.

En 1.° de mayo de 1946, apenas terminada la segunda guerra europea, Pío XII, que ya había consagrado en 1941 el mundo al Corazón Inmaculado de María, quiso añadir el último broche de oro a los dogmas marianos. Escribía a los Ordinarios católicos de todo el mundo: «Muchísimo deseamos saber, Venerables Hermanos, si en vuestra eximia sabiduría y prudencia juzgáis que puede proponerse y definirse como dogma de fe la Asunción corporal de la Beatísima Virgen, y si así lo deseáis con vuestro clero y pueblo.»

Las respuestas a este ruego pontificio fueron magníficas por su número y calidad. Respondieron 1.191 sedes; solamente de 81 sedes, generalmente en regiones lejanas de Misión, o más allá del telón de acero levantado por Rusia, no llegaron oportunamente las respuestas. De esas 1.191 sedes, 1.169 respondieron afirmativamente. Dieciséis Obispos manifestaron alguna duda sobre la oportunidad de tal definición; sólo seis dudaban de la definibilidad de ese dogma. He aquí una estadística altamente significativa y consoladora: el 98,2 por 100 del Episcopado católico, con un consentimiento casi matemáticamente unánime, declara que la Asunción de la Virgen es una verdad contenida en la revelación divina y que es oportuna su definición. Tal consentimiento antes de una definición papal, no ha existido jamás en la Iglesia.

* * *

Amaneció el día 1.° de noviembre de 1950. Un sol esplendoroso bañaba la Ciudad Eterna. Desde las cinco de la mañana los fieles se apresuraban a ocupar su puesto en la Basílica Vaticana y en sus plazas. Por fin llegó la hora anhelada. Apareció el Papa. Le precedían 40 Cardenales con su séquito de honor; le seguían 589 Obispos y 50 Abades ordinarios revestidos de capas pluviales con mitras blancas.

Y se oyó la augusta voz del Vicario de Jesucristo en la tierra: «Para gloria de Dios omnipotente, que ha derramado en la Virgen María su particular benevolencia; para honra de su Hijo, Rey

inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte; para mayor gloria de su augusta Madre; y para gozo y exaltación de toda la Iglesia, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, y con la nuestra pronunciamos, declaramos y definimos ser un dogma revelado: QUE LA INMACULADA MADRE DE DIOS, SIEMPRE VIRGEN MARIA, CONSUMADO EL CURSO DE SU VIDA TERRENA, FUE ASUMIDA EN CUERPO Y ALMA A LA GLORIA CELESTE.

»Así, pues, si alguien, lo que Dios no permita, se atreviese a negar o a poner en duda voluntariamente lo que ha sido por Nós definido, sepa que se ha apartado enteramente de la fe divina y católica.»

España estuvo presente a la definición dogmática, como tal vez ninguna otra nación fuera de Italia. Pío XII, en el discurso pronunciado el día 30 de octubre a los españoles, señaló los méritos singularísimos de España para la proclamación de este dogma glorioso. La presencia de los españoles en este día sobrepujó en número a los de cualquier otra nación no italiana. Su fervor, entusiasmo y modestia los destacaba entre todos los fieles. Allí estaba la Misión mandada por el Gobierno español. Una representación nutridísima del Ejército español, uniformado de gran gala, cubrió militarmente la carrera de paso del Papa, y ya que no podían rendirle armas, le vitorearon alzando al cielo sus kepis, chacós o viseras y agitando sus brazos. Pío XII, paternal, agradecido, mandó parar unos momentos el cortejo para saludarlos.

* * *

Para Pío XII, la proclamación del nuevo dogma no es sólo la corona y remate de un movimiento imponente de siglos de trepidación y ansia. Quiere que sea el comienzo de otro más amplio aún, si es posible, de renovación del mundo. En su discurso al Episcopado, el día 2 de noviembre, especificó cómo concibe este programa de renovación mariana. Renovación del individuo, de la familia y de la sociedad. Conservación íntegra e incólume de la doctrina cristiana. Formación y santidad del clero.

El Papa ve el mundo deshecho por los odios y la falta de fe y fraternidad en Cristo. Pues bien; a este mundo maltrecho y

corrompido, el Sumo Pontífice, al definir el nuevo dogma, le presenta «como un jirón luminoso en el cielo, deslumbrante de candor, de esperanza y de vida feliz», como el remedio más eficaz para que el mundo enfermo se recobre y vuelvan «el calor, el afecto, la vida a los corazones humanos.»

No nos resta sino cantar con nuestro insigne FRAY Luis DE LEÓN:

Al cielo vais, Señora,
y allá os reciben con alegre canto.
¡Oh, quién pudiera agora
asirse a vuestro manto
para subir con Vos al monte santo...
Volved los blandos ojos
Ave preciosa, sola, humilde y nueva
al val de los abrojos
que tales flores lleva,
do suspirando están los hijos de Eva;
que si con clara vista
miráis las tristes almas de este suelo,
con propiedad no vista
las subiréis de vuelo,
como perfecta piedra imán, al cielo.

* * *

V. CONSECUENCIAS QUE SE DERIVAN DE ESTOS DOGMAS.

Estos cuatro dogmas marianos nos abren horizontes amplísimos para mejor entender los oficios que María desempeña con los hombres.

1.° María es medianera universal de todas las gracias.

Ciertamente, nuestro mediador principal y necesario es Jesucristo, que con su pasión y muerte ofreció a Dios satisfacción

condigna por nuestros pecados y nos mereció todas las gracias necesarias para nuestra salvación. «Uno sólo es mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús.» (1 Tim. 2, 5.) Pero necesitamos de una medianera para con el mediador: María. «Tal es la voluntad de aquel que quiso que todo lo tuviéramos por medio de María.» (SAN BERNARDO, *Serm. in Nativ*.)

Y LEÓN XIII escribía en 1891: «Podemos afirmar que del inmenso tesoro de gracias que el Señor nos mereció, es voluntad divina que nada se nos comunique si no es por María; de tal modo, que, así como nadie puede acercarse al Padre sino por el Hijo, así también, casi del mismo modo, nadie si no es por la Madre puede llegar a Cristo.»

2.° María es Reina no sólo de los hombres, sino también de todas las criaturas.

La maternidad divina la eleva sobre todas. SAN BERNARDINO DE SENA exclama: «Cuantas criaturas sirven a la Trinidad, otras tantas sirven a María.» ¡Con qué dulce melancolía se deslizan por nuestros templos los ecos de la SALVE, de nuestro San Pedro de Mezonzo: *SALVE, Reina, Madre de misericordia*...!

3.° María es, en el orden sobrenatural, nuestra Madre.

Es la Madre de Jesús, nuestro hermano mayor, cabeza del cuerpo místico de la Iglesia. Ella cooperó a fuer de corredentora a nuestra redención... Cabe la cruz de Jesús, el Redentor nos confió a su amor en la persona del discípulo amado, cuando dijo a María como encomienda postrera: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Y Juan escuchó de los labios trémulos de Jesús, señalándole a María: «Ahí tienes a tu Madre.»

En nuestros sufrimientos, al sentir los zarpazos del dolor que nos desgarra, al vernos desamparados por todos, levantemos los ojos arrasados en lágrimas... ¿adónde?... a lo alto, arriba, al cielo: *Ecce Mater tua*; allí está nuestra Madre, que nos mira, que nos defiende, que nos anima en la lucha. No estamos huérfanos. María es nuestra Madre.

